

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES

CARI /

Juan Carlos Katzenstein

Enrique B. Moreno

14

Los Diplomáticos

Enrique B. Moreno

Juan Carlos Katzenstein

Enrique B. Moreno

Juan Carlos Katzenstein

CARI /

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Los Diplomáticos

Nº 14 - Abril 1997

ISSN 1668-9666

El Jockey Club de Buenos Aires se complace en editar el presente volumen de la serie "Los Diplomáticos", que auspicia el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con la certeza de que contribuye a una obra cultural de señalado relieve al ahondar en las personalidades que han otorgado prestigio a nuestra Nación.

Alfredo Lalor

Presidente

INDICE

Enrique B. Moreno	6
Bibliografía	47

En este ciclo en el que pasamos revista y rendimos homenaje a hombres que se desempeñaron en nuestra diplomacia con el mayor brillo, con la mayor dedicación y con la mayor conciencia y responsabilidad, faltaba -entre otras- la figura de Enrique B. Moreno olvidada más de lo que se debiera por ese gran defecto nuestro que es la falta de memoria y de reconocimiento hacia quienes sirvieron al país en el exterior, sin estruendos ni vanidades y con sacrificios nunca bien conocidos o valorados.

Resultará difícil sintetizar en espacio breve a este noble señor de la diplomacia, una vida ejemplar tan fecunda y una obra de tan amplios horizontes y tantos logros, pues diplomático ante todo, fue militar en su juventud y ocupó repetidas veces bancas en nuestro Parlamento. Espero que esta recordación que hoy hace el C.A.R.I. de su existencia, revitalizando su persona, su obra y los principios e ideales que lo animaron, no sólo sirva como un homenaje, sino especialmente como un compromiso con el ejemplo que nos dio y con la herencia que nos legó en custodia.

A este respecto creo que debemos tener siempre presentes las palabras tan llenas de verdad pronunciadas en la Academia Nacional de la Historia por el doctor Miguel Ángel Cárcano -siempre buena escuela-: "es un placer muy grande aproximarse a los hombres superiores de ayer y de hoy; permite conocer a sus semejantes, comprender los diversos pueblos, ser tolerantes y corteses, convivir en paz con sus contemporáneos, olvidar agravios y valorar la amistad, saber dar... extraer lo mejor de la existencia, ... apreciar los goces de estudio, del trabajo constante, de la moral, los beneficios de la cultura... y agradecer la misericordia de Dios". Estoy seguro que Enrique B. Moreno, así como también lo hizo Miguel Ángel Cárcano, nos lo enseñará con el ejemplo de su vida lograda.

Como Miguel Cané, como Lucio Vicente López, como Eduardo Wilde, como tantos prohombres argentinos de esa ilustre generación, nuestro Enrique B. Moreno nació en el exilio durante el destierro de sus padres. Su padre Don Hilarión María Moreno y Arandía -descendiente según la tradición de Mitridates Rey del Ponto- por su adhesión al Partido Unitario y sobre todo por haber ocupado el cargo de Secretario Privado del primer Presidente argentino Bernardino Rivadavia, se constituyó en enemigo del gobierno de Juan Manuel de Rosas y se vio obligado, en 1837, a seguir a centenares de sus compatriotas que dejaban la patria en demanda de asilo a los países vecinos. Montevideo y Santiago eran las metas obligadas de la mayor parte y en la segunda fijó en un principio su residencia la familia Moreno.

Pasados unos años la misma se transfiere al Perú, en una de cuyas ciudades, Tacna, Doña Dominga Montes de Oca de Moreno da a luz el 4 de enero de 1846 a su hijo Enrique que dos días después, el 6 de enero Día de los Reyes, fue bautizado con los segundos nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar, que usaría durante su vida indistintamente como nombres o como iniciales. En esa villa provinciana de tanto sabor colonial, situada en el fértil valle del mismo nombre, transcurrió su niñez tranquila y rodeado del amor y de las primeras enseñanzas de los suyos, un niño "vivo e inteligente desde pequeño" al decir de su padre.



Ministro don Enrique B. Moreno

La familia regresa un tiempo después a Santiago donde Don Hilarión abre una escuela en la que su hijo aprende las primeras letras. Más adelante seguirá sus estudios en el Instituto Nacional de Santiago de Chile graduándose en sus aulas de Bachiller en Humanidades y haciéndose acreedor a diversos premios, entre los cuales la Medalla de Oro de la Municipalidad.

En 1860, el entonces Ministro de Instrucción Pública, Domingo Faustino Sarmiento, gran amigo y compañero de destierro del jefe de la familia Moreno, lo invitaba a regresar al país poniéndolo al frente de la Escuela Modelo de la Catedral al Norte que acababa de ser fundada y donde junto con sus hermanos Eduardo e Hilarión y muchos próceres argentinos prosigue Enrique Moreno sus estudios desempeñándose además como ayudante de su padre.

No ha cumplido aún los quince años cuando toma las armas en la batalla de Pavón como soldado voluntario en el 1er. Regimiento del 1er. Batallón en la Guardia Nacional de la Capital, en el ejército que comandaba el General Bartolomé Mitre. Tenía como jefes inmediatos al Capitán Manuel Quintana y al Mayor Donato Alvarez y contaba como compañeros de armas a sus íntimos amigos Sarmiento, Norberto Quirno Costa y Bartolito Mitre. Combate como un bravo, vuelve con varias heridas y anuncia con orgullo "ahora soy Alférez a Guerra del Ejército argentino".

Prosigue con gran entusiasmo los estudios de filosofía que ha iniciado en la Universidad de Buenos Aires y al mismo tiempo que busca acrecentar sus conocimientos militares es designado profesor de historia y geografía y de otras materias en la Escuela de Artes y Oficios y luego en la Escuela Militar y también se lanza, llevado por la mano de Sarmiento, a incursionar por el periodismo colaborando en "El Nacional", donde ya lo hacen Lucio V. López, Juan Carlos Gómez y Aristóbulo del Valle, a los que desde entonces lo unirá una entrañable amistad.

A principios de 1865 llegan a Buenos Aires noticias alarmantes: las tropas paraguayas de Francisco Solano López en un gesto de difícil explicación atacan los buques argentinos surtos en el puerto de Corrientes, ocupan la ciudad e invaden la provincia. La propuesta del Brasil de concertar una alianza contra el Paraguay, que Mitre rechazara con anterioridad confiando en que la neutralidad argentina sería respetada, es aceptada, se declara la guerra al Paraguay y el 1º de mayo se firma el Tratado de la Triple Alianza con Brasil y Uruguay. Moreno no duda un instante y con sus discípulos de la Universidad organiza el Batallón "Belgrano" que se ofrece -aunque sin éxito- al Gobierno para tomar parte en la lucha como unidad propia y cuyos integrantes luego se incorporarán al ejército nacional. Moreno lo hace a las órdenes del Coronel Alvaro de Alzogaray y es promovido al grado de Teniente a Guerra en la División Buenos Aires del Batallón 5º y está presente en gran parte de los combates. Estero Bellaco, Sauce, Itapirú, Boquerón, Yataití-Corá, Curupaytí (donde muere su gran amigo de la infancia Domingo Fidel Sarmiento, el inolvidable Dominguito) y Humaitá entre otros, ven al valeroso joven Moreno dar innumerables pruebas de heroísmo e intrepidez. Recordaba el diario "La Nación" al dar noticia de su fallecimiento el 20 de junio de 1923: "Ese soldado adolescente demostró, sin embargo, por su bravura y su seriedad, el temple de

un hombre de singulares cualidades de carácter. Su conducta no pasó desapercibida para los jefes que notaron en el combatiente juvenil la decisión de coraje y la formalidad severa de un ciudadano y de un militar que debía más tarde sobresalir por tantos conceptos. Actuó en la campaña con tal desdén del peligro y tal arrojo que llamó la atención".

El 6 de diciembre de 1866 regresa a Buenos Aires y poco más tarde parte a las órdenes del General Wenceslao Paunero con el objeto de sofocar la revuelta que ha estallado en Mendoza instigada por Carlos Juan Rodríguez y en San Luis capitaneada por los hermanos Súa. A principios de abril de 1867 pelea en San Ignacio sobre el río Quinto, donde a las de Paunero se han unido las tropas de Arredondo y donde la revolución es prácticamente aplastada. Luego, con el ejército triunfante sigue a Mendoza y en San Rafael combate a los araucanos que aliados a los revolucionarios continuaban asolando las provincias cuyanas. Ascendido a Capitán, permanece por un tiempo en la guarnición de Mendoza donde en sus ratos libres colabora con el periódico "Constitucional" y donde dejará buenas y sólidas amistades con los Civit, los Segura, los Videla, los Coria, los Martínez que siempre permanecerán en su recuerdo.

De regreso a Buenos Aires es designado Ayudante del Ministro de Guerra General Julián Martínez, pero a comienzos de 1868 a causa de una seria herida recibida luchando nuevamente contra fuerzas rebeldes cerca del río Carcarañá que pone en peligro su vida, pide la baja del ejército la que le es concedida el 20 de abril.

Meses después es nombrado Secretario de la Comandancia General de Puertos, pero cuando siente completamente restablecida su salud, pide de inmediato reintegrarse a las filas y, ascendido a Teniente Coronel, se ve confiado el mando del 1er. Regimiento de la Guardia Nacional con base en Buenos Aires.

El 11 de abril de 1870 el General Urquiza es asesinado en su Palacio de San José y unánimemente se syndica como incitador a Ricardo López Jordán quien se hace proclamar Gobernador de Entre Ríos por la Legislatura. El Presidente Sarmiento rehúsa reconocer a quien se señala como instigador del crimen que hace posible su designación, decreta la intervención federal y envía al General Emilio Mitre cuyas tropas, con el decisivo apoyo del Comandante Julio A. Roca al frente del 7º Regimiento de Línea y del Gobernador de Corrientes Santiago Saibene, derrotan espectacularmente a López Jordán en Ñaembé. Allí también se encontraba el Teniente Coronel Moreno luchando con el coraje y la decisión que le son características y forjando un nuevo eslabón de la sólida amistad que lo uniría siempre al entonces aún Coronel Roca, quien comenzaba a perfilarse con destaque en las páginas de la historia nacional.

En 1874 interviene activamente en la lucha que llevara a Nicolás Avellaneda a la Presidencia de la Nación. Buenos Aires sostiene para la sucesión de Sarmiento al General Bartolomé Mitre, mientras el interior del país proponía al joven abogado tucumano Nicolás Avellaneda, personalidad talentosa que ya había sido Ministro de Sarmiento y gozaba del apoyo de los autonomistas cuyo jefe Adolfo Alsina había desistido de sus aspiraciones presidenciales a fin de brindarle su cooperación. Triunfa finalmente en

las urnas la formula Nicolás Avellaneda-Mariano Acosta con los votos favorables de once provincias mientras las de Buenos Aires, San Juan y Santiago del Estero apoyan al General Mitre. No obstante, mientras Avellaneda asume el poder, Mitre se levanta en armas contando con algunos jefes militares, pero sus fuerzas son vencidas en las batallas de Santa Rosa y de La Verde por las tropas comandadas por el Coronel Julio A. Roca a cuyo flanco se encontraba, al frente de una división, el Teniente Coronel Moreno. Y la paz renace en la República pero no sólo como resultado de esas victorias sino también cuando Mitre, con un gesto del verdadero patriota que era, capitula y se constituye prisionero.

Pocos días después Moreno es designado Jefe de Policía de Buenos Aires por decreto del Gobernador de la Provincia Alvaro Barros que refrenda su Ministro de Gobierno Aristóbulo del Valle. Se dedica con ahínco a sus nuevas funciones y en menos de seis meses logra resultados de interés y gran utilidad, debiendo en particular mencionarse un levantamiento del padrón ciudadano y la organización del Cuerpo de Bomberos.

El 25 de febrero de 1875 grupos embravecidos atacan el Palacio Arzobispal así como el Colegio del Salvador incitados por sectores anti-católicos. Moreno acude inmediatamente y entre pedradas y silbatinas trata de calmar las turbas, pero es en vano. Tuvo una actuación adecuada y serena evitando que el motín tomara peor cariz y mayor extensión y logrando que finalmente cesaran los ataques, pero por desgracia el colegio estaba convertido en cenizas pues los atacantes hasta lograron impedir que los bomberos pudieran cumplir con su trabajo cortando las mangueras del agua. Días más tarde, cuando algunos legisladores interpelan al Gobierno por los incendios, muertos y heridos, Moreno resuelve renunciar a su cargo. El hilo, como siempre, se cortaba por lo más delgado. Aristóbulo del Valle al aceptar su renuncia reconoce "los importantes servicios que ha prestado con honradez e inteligencia durante la reciente época de conflictos que ha pasado el país".

El 11 de marzo siguiente es puesto al mando del 5º Regimiento de Infantería y en el Ministerio de Guerra trabaja activamente junto a su titular el doctor Adolfo Alsina que lo llama a colaborar con él.

* * *

Moreno se ha hecho hombre en una época en que la patria comenzaba a perfilarse como una gran nación y sentía el imperativo de participar -y no sólo en los campos de batalla- de su constitución como pueblo libre, unido y fuerte. Le atraía la política y junto con otros jóvenes funda el llamado "Gran Club Rivadavia" siendo elegido Secretario del mismo junto con el doctor Carlos Pellegrini. Esta entidad propicia la candidatura de Emilio M. Castro para Gobernador de la Provincia de Buenos Aires y es en esa campaña electoral donde Moreno esgrime sus primeras armas en política.

En 1873 junto, entre otros, con Alejo González Garaño, Juan Carlos Lagos, Tejerina, Estrada y Miguel Goyena es elegido Diputado a la Legislatura de Buenos Aires donde demuestra que su valor y destreza en la guerra no desdicen de la convicción y firmeza de sus principios e ideales y de su don de la palabra. Como lo señalaría "La Nación"

años más tarde, "elegido diputado, adquirió con rapidez una figuración difundida en la vida parlamentaria que compartió vinculado a las principales personalidades de aquel tiempo. Y en aquel tiempo, en que la tarea legislativa estaba confiada a tan altos ciudadanos, el señor Moreno conquistó la confianza y la estimación del Parlamento".

Moreno interviene decididamente en favor de la ley de financiación y apoyo a la Campaña al Desierto del General Roca, de la federalización de la ciudad de Buenos Aires para convertirla en capital definitiva de la Nación y en general su voz y su voto estaban siempre presentes con fervor y con fe cuando se trataba de defender las autoridades constituidas, las libertades individuales y públicas, el orden y el progreso en todos sus aspectos, pero en particular la unión y la pacificación nacional que consideraba como la única vía hábil para llevar a la República a su destino de desarrollo y bienestar. Según lo expresaban sus contemporáneos, su voz era clara y sonora, sus palabras disipaban los malentendidos y eran en alto grado convincentes.

Finalizado su primer período parlamentario es reelegido en 1876 y nuevamente en 1878 llegando a desempeñarse como Vice-Presidente y como Presidente del Cuerpo y destacándose por sus trabajos en las Comisiones de Instrucción Pública, de Obras Públicas y de Legislación que integraba.

En 1880 le ofrecen la candidatura a Senador Nacional para completar el mandato de Dardo Rocha que ha de ocupar la gobernación de Buenos Aires. La acepta pero renuncia poco después para no provocar la división del partido que lo apoyaba y cede sus eventuales votos al otro candidato del mismo, el doctor Carlos Pellegrini. Es elegido en cambio Diputado Nacional e ingresa en la Cámara junto con Miguel Cané, Lucio V. López, José Hernández, Saturnino Unzué, Miguel y Pedro Goyena y Luis Saenz Peña.

* * *

Si bien es verdad que durante todos estos años la vida de Enrique B. Moreno ha estado dedicada a las armas y a la política, no puede olvidarse que ha formado también su familia. Casado en 1868 con Delia Castro que falleciera un año más tarde dejándole una hija Delia, en 1872 lo hace por segunda vez con María Carolina Torres Cabrera de ilustre familia cordobesa. De este segundo matrimonio nacieron varios hijos de los cuales dos hijas casadas en Europa, una en Buenos Aires y otra moriría soltera, mientras sus hijos varones Enrique y Alberto se distinguirían en las filas de la Armada Nacional.

* * *

Al aproximarse las elecciones presidenciales de 1880 nuevamente se perfilan circunstancias que podrían llegar a poner en peligro la paz interior de la Nación. Se enfrentan en la contienda electoral el adalid de la "patria chica", Carlos Tejedor, Gobernador que Buenos Aires, sólo sustentado por su provincia y la de Corrientes, y el General Julio A. Roca, candidato del interior del país que cuenta asimismo con el apoyo de su comprovinciano el Presidente Avellaneda, del que ha sido Ministro de Guerra y Marina. Comandante en 1874 de las fuerzas vencedoras en la batalla de Santa Rosa y conquis-

tador de Desierto, atrae también a los autonomistas dispersos después de la muerte prematura de Adolfo Alsina en septiembre de 1877. Los ánimos se exaltan, las gestiones de paz y las conferencias fracasan y el conflicto es inevitable al triunfar por 155 votos, contra los 70 logrados por Carlos Tejedor y Saturnino Laspiur, la fórmula que integran Julio Roca y Francisco Madero. Tejedor moviliza sus fuerzas, pero a mediados de julio los tropas nacionales las enfrentan a las órdenes de los Coroneles Nicolás Levalle y Eduardo Racedo bajo el comando del propio Ministro de Guerra Carlos Pellegrini, hasta que logran vencerlas definitivamente en Puente Alsina posibilitando que el 12 de octubre siguiente el General Roca pueda asumir la presidencia de la Nación en una atmósfera de tranquilidad y optimismo. El Teniente Coronel Moreno llega a ponerse al frente de cuatro batallones y se bate como él sabe hacerlo primero en Puente Olivera como después en Puente Alsina. En el campo de batalla es promovido por el Coronel Racedo a Coronel de Milicias, grado que días más tarde el Gobierno convierte en Coronel de la Guardia Nacional. Es ésta la última acción de Moreno en las filas del ejército ya que cuando la paz renace en el país, solicita la baja definitiva que ésta vez será para siempre.

* * *

Unos meses antes, el 1º de agosto, el Presidente Avellaneda y el Canciller Zorrilla habían suscripto un decreto por el cual se designaba a Enrique B. Moreno Encargado de Negocios en el Paraguay, su primer paso en la diplomacia argentina a la que debería brindar tantos y tan señalados servicios.

Así como ha pedido la baja en las fuerzas armadas, solicita licencia de la Cámara de Diputados de la Nación para alistarse en ese otro ejército en el cual deberá librar combates no menos difíciles y que son los que en realidad han dado a su nombre un prestigio que hace destacar su figura y su obra entre sus contemporáneos.

El nombramiento del que ha sido objeto entraña delicados y sutiles problemas. Pocos años antes había sido firmado el Tratado de Paz que ponía fin a la guerra con Paraguay pero no había logrado traer consigo el estado de relaciones al que se aspiraba.

Moreno, hombre enérgico a la vez que comprensivo, poseedor de gran tacto y tino y de un notable espíritu conciliatorio, consigue en el corto tiempo que ocupa la sede en Asunción -menos de un año y medio- que los sentimientos se reviertan y que pueda comenzar a borrarse el recuerdo de esa guerra para que, al decir de Carlos Pellegrini, "los vínculos de sangre y del común origen puedan recobrar todo su vigor e influenciar y consolidar la unión entre dos pueblos tan íntimamente vinculados por la propia naturaleza". Por su intermedio nuestro país encontró medios aptos para ayudar al Paraguay a desarrollarse y retomar su papel entre las hermanas de América; así los adelantos modernos de la época ocupan su rol, la agricultura y la ganadería renacen y las industrias y el comercio comienzan a florecer.

El concepto que dejó entre las personas que allí lo conocieron y tratándolo valoraron sus cualidades, se traduce de estas líneas tomadas de una carta que el 9 de julio de 1884 escribía a Moreno el Ministro de Relaciones Exteriores paraguayo, doctor Julio

Decoud: "necesito su aliento y el consejo que me fortifique y alumbre mi camino. Escribame usted y dígame que podría hacer por mi país en la hora de sus tribulaciones; necesito en estos momentos de sus buenos consejos; hábleme con la franqueza sincera que lo distingue".

* * *

El 1º de enero de 1882, por decreto que suscriben el Presidente Roca y el Ministro de Relaciones Exteriores Bernardo de Yrigoyen, Moreno es trasladado al Uruguay como Ministro Residente y también allí será destacada su actuación. Debido a su intervención el conflicto surgido entre el Uruguay e Italia a causa de la detención de ciudadanos italianos alcanza una solución aceptable para ambas partes. El Presidente uruguayo General Máximo Santos escribe con ese motivo al Presidente Julio Roca: "me es grato asegurarle que su Ministro, el doctor Moreno ha desplegado en esta ocasión mucho tacto y delicadeza, ayudándonos con verdadera abnegación...". No será ésta la única actividad conciliatoria del Ministro argentino ya que poco después una reclamación española ante las autoridades uruguayas y luego otra del Imperio del Brasil hacen que nuevamente ponga en juego su capacidad y sus dotes persuasivas.

A mediados de 1882, es comisionado para negociar una "Convención para la transmisión de telegramas entre Buenos Aires y Montevideo" que logra suscribir el 3 de enero de 1883 junto con el Canciller uruguayo Manuel Herrera y Obes. Ese mismo año los Congresos de ambos países ratificaban el acuerdo por el cual quedaba establecida la comunicación telegráfica directa entre las dos capitales.

Las relaciones entre las repúblicas rioplatenses iban siendo cada vez más intensas, cordiales y diversificadas y ello indujo al Presidente Roca a elevar al rango de Primera Clase la Legación en el Uruguay y a su titular a Enviado Extraordinario y Plenipotenciario. La estima y el respeto que éste había sabido conquistar tanto entre sus connacionales como entre los uruguayos y extranjeros tuvieron entonces ocasión de exteriorizarse. Infinidad de mensajes y de visitas personales así se lo testimoniaron, el Presidente del Uruguay ofreció un banquete conmemorativo y el Rey de España Alfonso XII, recordando su eficiente intervención en ocasión del litigio hispano-uruguayo lo nombró Comendador de Número Extraordinario de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.

Año y medio pasará aún Enrique Moreno encabezando la representación diplomática en Montevideo, hasta que el 6 de julio de 1885 el Presidente Julio A. Roca le comunica que lo ha designado Ministro ante la Corte Imperial del Brasil.

Con esto quedaba satisfecho un caro anhelo de Moreno, que tenía conciencia de la trascendental importancia de las buenas relaciones entre los dos países, sentía especial simpatía por el Brasil así como gran admiración y respeto por el Emperador Don Pedro II a quien con toda justicia se ha calificado no sólo de honra del Brasil sino de todo el género humano y de cuyo reinado largo y glorioso diría un día Bartolomé Mitre que constituía "la más grande y hermosa página de la historia brasileña, sellada con la emancipación de los últimos esclavos al precio de una corona".

La política de conciliación y amistad que había desarrollado en sus misiones anteriores y los éxitos obtenidos, así como sus cualidades personales y profesionales fueron los factores determinantes que indujeron a Roca a efectuar este nombramiento ya que los dos hitos de su programa de gobierno eran el orden interno y la solución pacífica de los diferendos internacionales para lograr una paz duradera, y él sabía que para lo segundo podía contar con su amigo Moreno.

La cuestión hasta entonces nunca bien dilucidada de los límites argentino-brasileños en la zona de Misiones había sido, desde los tiempos de la Colonia y de los desentendimientos entre España y Portugal, motivo de continuas alarmas y entredichos y se encontraba en uno de sus momentos más delicados y peligrosos. Las instrucciones que Moreno había recibido de su Canciller Francisco J. Ortiz sobre este punto y que eran similares a las que en su momento habían sido impartidas a su predecesor Vicente G. Quesada eran bien precisas en cuanto a abstenerse de toda innovación y llevar las negociaciones de modo que el Gobierno Imperial aceptara dejar la situación en un estado latente hasta que llegara el momento oportuno. Y para ello debería actuar como él sabía hacerlo, "con la competencia de un político y el tacto y la ductilidad de un diplomático consumado" ("La Nación" edición del 4 de enero de 1946).

Las relaciones entre ambos países distaban en ese momento de ser todo lo cordiales que debían ser y se preveía que el recibimiento que iba a esperar, si bien correcto, sería frío y distante por lo que para facilitar sus primeros contactos el Ministro del Brasil en Buenos Aires, Barón Leonel Martiniano de Alencar, que había sido su colega en Montevideo y lo quiere bien, escribe al Visconde do Bom Retiro aconsejándole que "aprecie su distinción de caballero y su competencia como diplomático" agregando que "también es escritor y orador a quien adornan las más hermosas prendas personales".

Moreno es consciente que la esencia de la diplomacia es trabajar con ahínco, tacto y honradez y es así que apela a esas cualidades que le son características así como a su habilidad, talento y cordial simpatía para ir ganando para sí mismo y para el país que representa la confianza, el respeto y el afecto de los brasileños, desde el momento mismo en que presenta sus Cartas Credenciales al Emperador en el Palacio de São Cristovão.

Paulatinamente Moreno se incorpora a la vida brasileña, frecuenta sus salones y tertulias, asiste a conferencias, traba amistad con políticos y alterna con profesores, músicos y con representantes de las fuerzas armadas, de las artes y las letras. La propia Familia Imperial lo recibe, así como a la señora de Moreno, en la intimidad y fuera de todo protocolo. El Emperador lo hace ir a menudo al Palacio o lo invita a visitarlo en Petropolis durante los meses de verano para conversar con él, aun encontrándose enfermo o convaleciente. Se interesa de la política argentina y le hace mil preguntas sobre la historia, la cultura, las riquezas, el campo y las bellezas del país, al mismo tiempo que nuestro Ministro pide para Dom Pedro los libros recién aparecidos en Buenos Aires, así como las últimas publicaciones literarias o técnicas. El Soberano, investigador incansable y siempre ávido de nuevos conocimientos, un verdadero Mecenas

del siglo XIX que no en vano repite que se honra en ser tenido como amigo de Pasteur o de Víctor Hugo, no puede dejar pasar a su lado sin intimar con ella una persona de las cualidades de Moreno, que Brasil siempre recordaría como "el más acabado prototipo de diplomático". En poco tiempo el Ministro argentino es sucesivamente nombrado Miembro del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, de la Sociedad de Geografía de Río de Janeiro, del Instituto Arqueológico y Geográfico de Pernambuco y finalmente recibido en el Ejército Imperial con el grado de General, distinciones que raramente se concedían a un diplomático extranjero.

Lo conocía bien su amigo el Presidente Roca y no se había equivocado al designarlo; el recelo existente se había convertido en cordialidad y los peligros de enfrentamiento armado que engendraba la cuestión de Misiones parecían haberse esfumado.

A principios de 1887, Moreno estima factible pedir licencia para viajar a la República de donde faltaba desde hacía más de dos años y medio. El alejamiento fue corto y a su regreso a Río de Janeiro encontró el panorama político brasileño fundamentalmente cambiado. Hasta entonces habían preocupado problemas de tipo militar con características propias más o menos graves, pero ahora éstos se habían generalizado y en todas partes se hablaba de la abdicación del Emperador por enfermedad, de instaurar la república y especialmente de abolir urgentemente la esclavitud. La crisis había alcanzado al Gobierno y el 7 de marzo de 1887 el Barón de Cotegipe que presidía el Consejo de Ministros se había visto obligado a renunciar, según se decía por su incapacidad de comprender la gravedad de la situación y en realidad por negarse a aceptar las exigencias de un nuevo orden de cosas, conciencias y aspiraciones. Para reemplazarlo había sido designado el Consejero João Alfredo Correa de Oliveira quien poco después afirmaba que "la esclavitud está condenada por todas las conciencias y sólo existen divergencias sobre los medios para abolirla".

El 26 de junio de 1887 el Emperador resuelve partir hacia Europa con la salud extremadamente quebrantada y a fin de buscar alivio en tratamientos que le habían asegurado benéficos. Deja a su hija la Princesa Isabel Condesa d'Eu como Regente y ésta, que participa de la necesidad de abolir la esclavitud inclusive como un medio para paliar la difícil situación política reinante, el 8 de mayo de 1888 hace presentar al Congreso la Ley que sería llamada Aurea y que en un solo artículo declaraba abolida la esclavitud en el Brasil y derogadas todas las disposiciones en contrario. Sólo 5 senadores y 9 diputados se opusieron a su aprobación. En ese día 700.000 esclavos fueron liberados en todo el Brasil.

El Emperador al enterarse le telegrafió desde Milán donde se encontraba gravemente enfermo "Abraço a Redentora", dándole por primero el justo título con el cual la Condesa d'Eu sería conocida en la historia.

La Argentina notificada de inmediato por su Ministro del importante acontecimiento, fue una de las primeras naciones que hicieron llegar al Imperio su satisfacción por la medida aprobada y Moreno fue su digno intérprete ante la Regente. Mientras tanto en Buenos Aires se declaraba feriado el día 17 de mayo y se formaba una Comisión

de homenaje que entre otros encabezaban Guido y Spano, Mitre, Sarmiento, Roca y Pellegrini.

Días más tarde, el 19 de mayo, la Princesa Isabel ofrecía una gran recepción en el Palacio Imperial y durante la misma reitera a Moreno su agradecimiento por las expresiones de afecto y felicitación que le han llegado desde la Argentina, así como su reconocimiento por las muestras de adhesión tanto oficiales como populares que han tenido como escenario la ciudad de Buenos Aires y como protagonistas las más altas personalidades del país y todo el pueblo porteño. Antes de despedirlo le entrega unas pequeñas flores que separa de un ramillete que lleva sobre el pecho. Nuestro Ministro atesoró con reverencia el dono de "la Redentora" y hoy el mismo se conserva en el Museo Imperial de Petropolis por donación del doctor Arenas Luque estudioso de la vida y obra de Enrique B. Moreno y de las relaciones entre la Argentina y el Brasil.

Por otra parte Moreno va recogiendo los frutos de sus laboriosas negociaciones y de la amistad y confianza que ha sabido crear. El 4 de marzo de 1886 efectúa el Canje de Ratificaciones del Tratado suscripto el 28 de septiembre de 1885 referente al territorio litigioso de Misiones por el cual ambos Gobiernos convenían en designar una Comisión Mixta que presidida por el General Garmendía y por el Barón de Capanema y de conformidad con instrucciones anexas reconocería los ríos y el territorio en litigio para en consecuencia brindar las bases que permitirían llegar a una solución amistosa del problema. Posteriormente, el 6 de noviembre de 1887 firma una "Convención Sanitaria" con los plenipotenciarios del Brasil y del Uruguay, respectivamente el Barón de Cotegipe y Carlos M. Ramírez. Este Tratado ponía fin a la llamada "guerra de las cuarentenas" y materializaba los anhelos de los tres países signatarios que veían en él un medio determinante para ayudar las medidas que cada uno había tomado en particular y que, habiendo recibido la adhesión de otras repúblicas de América del Sud podía llegar a ser la base de un futuro acuerdo internacional sobre problemas sanitarios. Un año después, el 13 de mayo de 1888 suscribe con Rodrigo S. da Silva el "Protocolo sobre Concesión de Medallas Conmemorativas de la Guerra del Paraguay" que posteriormente sería aprobado por Decreto Imperial N° 10.341 y por Ley N° 2.490 del Congreso argentino y meses más tarde, el 18 de diciembre, le cabe la misión de, cumpliendo las expresas instrucciones del Presidente Roca, imponer la Medalla de Oro del Congreso al Príncipe Gastón de Orleans, Conde d'Eu, el yerno del Emperador que tan destacada actuación había tenido durante toda la duración del conflicto con el Paraguay. Al recibir la distinción el Conde d'Eu expresó al Ministro argentino: "la recibo con mucho gusto de manos de un diplomático que también fue compañero en las jornadas que recuerda esta insignia y por encargo de un magistrado (el General Roca) que derramó su sangre en combates de aquella misma lucha".

A principios de 1889 un sorpresivo cambio en el gabinete ministerial del Presidente Juárez Celman hizo necesario que Moreno viajara a Buenos Aires para ponerse al habla con el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores Estanislao Zeballos, pero precipitadamente tiene que regresar a Río de Janeiro donde se presentan acontecimientos de grave repercusión.

No en vano el Barón de Cotegipe al alejarse de sus funciones predijo a la Princesa Isabel: "Su Alteza gana la partida pero pierde el imperio". Su palabra se cumplía. La abolición de la esclavitud, sumada a que el ideal republicano se difundía cada vez más y a que los problemas en el área de las fuerzas armadas se ampliaban y profundizaban, sin que pudiera dejarse de lado el delicado estado de salud del Emperador, llevaban inexorablemente al triunfo de quienes buscaban el derrocamiento de la monarquía.

En estas circunstancias Moreno cursa urgente cable a Buenos Aires pronosticando la caída del Imperio y sugiriendo que "para vigilar nuestros intereses es prudente enviar un buque de guerra" a lo que el Presidente Juárez Celman le responde que "bienvenida sea la República, pero cuide usted mucho de nuestra neutralidad", anunciándole asimismo el inmediato envío del barco solicitado.

Los acontecimientos se precipitan y durante la noche del 14 al 15 de noviembre de 1889, gran parte del ejército bajo el comando del Mariscal Manoel Deodoro da Fonseca así como inspirada e impulsada por Ruy Barbosa, Benjamin Constant y Joaquim Nabuco se rebela proclamando la abolición de la monarquía y la instauración de la república. Dom Pedro que ya estaba en su residencia de verano en Petropolis baja a Río de Janeiro y en el Palacio de la Ciudad lo entrevistaría por última vez Enrique Moreno. Dijo el Emperador: "conozco bien a mi pueblo, mañana todo estará concluido, esto pasará". Pero se equivocaba esta vez el Soberano, la revolución había triunfado.

Como una de sus primeras resoluciones el Gobierno Provisorio decretó el exilio de Dom Pedro y de su familia, pero careció del valor necesario para hacérselo saber por las vías que correspondían y a un nivel acorde. Confió la misión a un simple Mayor del Ejército, Frederico Solón, que comandaba las fuerzas que custodiaban el Palacio y dispuso que en la madrugada del domingo 17 los Emperadores acompañados de sus familiares y de algunos fieles se embarcaran en la cañonera "Parnaíba", lo que llevó al Emperador a afirmar con gran dolor y con toda razón que estaba partiendo "como si fuera un negro fugitivo". El "Parnaíba" debía llevarlos hasta la Ilha Grande de donde los trasladarían al "Alagoas" nave en que viajarían a Europa. La Emperatriz Teresa Cristina moriría poco después en Lisboa y Dom Pedro II en 1891 en un hotel de París sin haber vuelto a ver el país que tanto amaba y por cuya felicidad y progreso tanto había hecho.

En el puerto, junto al Arsenal de Marina, quedaban, como lo recordaría en una carta el Conde d'Eu, el Ministro argentino y la señora de Moreno junto con numerosas personalidades brasileñas, con el Internuncio Apostólico Monseñor Francesco Spolverini y con los Ministros de Chile, Austria, Portugal, Uruguay, Bélgica y Rusia, a quienes las nuevas autoridades habían reiteradamente denegado la autorización para ser llevados hasta el barco o hasta la Ilha Grande para presentar sus saludos a los exilados. Pasaron allí horas a la intemperie esperando, en homenaje a quien había sabido tan bien granjearse su respeto y su afecto.

Con las primeras luces del lunes 18 el "Alagoas" levanta sus amarras y Enrique Moreno regresa a la Legación para cursar un telegrama a la Cancillería dando cuenta de los últimos hechos y solicitando instrucciones acerca de la actitud a adoptar frente al

nuevo régimen. La respuesta no llegó de inmediato pero finalmente por Decreto del 3 de diciembre la República Argentina reconocía a la República de los Estados Unidos del Brasil, siendo la primera nación en hacerlo y en consecuencia autorizaba a su representante a continuar con el Gobierno Provisorio las buenas relaciones existentes con el Imperio.

Aquel mismo 18 de noviembre entraba en el puerto de Río de Janeiro, cruzándose con el "Alagoas" que salía de la bahía de Guanabara, el buque escuela "Argentina", la nave de guerra que había reclamado Moreno y cuyo envío le anunciara Juárez Celman. La comandaba el Capitán de Navío Martín Rivadavia siendo su segundo Manuel Domecq García, ambos destinados a ser Ministros de Marina y a mantenerse siempre vinculados con el Brasil. En su mástil se izaría días más tarde y por primera vez la bandera republicana del Brasil. Moreno con los comandantes de la nave y el personal de la Legación recibe a los más importantes representantes de la República. Benjamin Constant, Quintino Bocayuva, Lauro Müller, Ruy Barbosa, Arístides Lobo, Wandelkolk, Glycerio, Lopes Trovao están allí presentes y cuando Moreno iza la nueva bandera al tope todos los presentes viven a las dos repúblicas mientras los buques surtos en la bahía contestan con el estampido de sus cañones. Y recordará años más tarde el ya Almirante Domecq García, "en ese instante vi caer las lágrimas de los fundadores de la República".

Mientras tanto en Buenos Aires, el triunfo republicano había sacudido hondamente la conciencia popular, manifestaciones recorrían las calles y banderas argentinas y brasileñas engalanaban los frentes de las casas. El Gobierno Nacional adhiriendo a estos festejos decretó que el 8 de diciembre fuera feriado y dedicado a representar el homenaje argentino a la nueva república. En esa fecha el Poder Ejecutivo acompañado por delegaciones del Poder Judicial, del Parlamento y de las fuerzas armadas, saludó en su sede de la Legación del Brasil al Ministro Barón de Alencar y a ellos se unieron personalidades políticas, culturales y sociales del más alto nivel como Lucio V López, Enrique García Merou, Benito Villanueva, Eleodoro Lobos, Tomas Santa Coloma, Emilio Mitre, Lucio V Mansilla, Aristóbulo del Valle, Julio A. Roca.

Ese mismo día, en Río de Janeiro, se suceden las demostraciones hacia la Argentina y en horas de la tarde una delegación de miembros del Gobierno y de las fuerzas armadas, parlamentarios y numerosas otras autoridades se dirigen al Hotel dos Estrangeiros en el barrio de Larangeiras donde está residiendo el Ministro Moreno para llevarle por boca, entre otros, de Lopes Trovao y Bocayuva, el reconocimiento de la nueva república hacia su hermana del Plata y la necesidad de ambos países de continuar cimentando un futuro de sincero entendimiento y de constante cooperación para mutuo beneficio.

El General Bartolomé Mitre escribe en esos días en "La Nación", uniendo en breves líneas la alegría que embargaba su espíritu republicano por antonomasia, con el respetuoso cariño que despertaba en su alma el recuerdo de su "compañero de Uruguayana", el ilustre soberano destronado, "la América saludará sin duda este gran acontecimiento del Brasil como la coronación de una revolución que en la propia Constitución

Imperial tenía sus gérmenes... Por lo que respecta a la República Argentina su política debe ser siempre la misma: buen vecino y amigo y a veces aliado del Imperio en pro de la causa común de la paz internacional, la política para con la República será siempre fraternal; y al saludar su advenimiento debe inclinarse con respecto ante la augusta figura del Emperador Pedro II".

Miguel Juárez Celman que en 1886 había sucedido a su concuñado el General Roca en la presidencia de la Nación, resuelve variar la política de sus predecesores y da a Moreno, con motivo de su viaje a Buenos Aires a comienzos de 1887, instrucciones precisas para que active y firme si fuera posible un tratado que diera por terminada la cuestión de los límites entre ambos países en la región de Misiones, sin perjuicio de los estudios y reconocimientos sobre el terreno establecidos por el Tratado de 1885.

Paralelamente a los estudios técnicos y explorativos, Moreno inicia un intercambio confidencial de ideas y puntos de vista con el Ministro de Negocios Extranjeros Consejero Rodrigo da Silva y cuando se hubo llegado a un acuerdo sobre las eventuales bases de un tratado, las mismas fueron transmitidas a Buenos Aires. El Canciller Norberto Quirno Costa aprobó en un todo el proceder de Moreno y las bases que le habían sido sometidas, pero solicitó que el acuerdo fuera firmado en Buenos Aires. Aceptado su requerimiento, el 7 de septiembre de 1889 Quirno Costa suscribía juntamente con el Ministro del Brasil Barón de Alencar el nuevo tratado que de cierto modo complementaba el de 1885. Por el mismo se establecía que ambas partes concordaban en someter la contienda al laudo arbitral del Presidente de los Estados Unidos de América, Grover Cleveland, si dentro del plazo de noventa días de finalizado el reconocimiento de la zona en litigio, ambos Gobiernos no hubieran llegado a un amigable entendimiento.

Pero antes de finalizar el plazo de noventa días determinado por el Tratado era derrocado el Imperio y se instauraba la República en Brasil mientras por otra parte en Buenos Aires el Canciller Quirno Costa era sustituido por Estanislao Zeballos, cuya posición ante el Brasil era mucho más intransigente y agresiva y ante los Tratados de 1885 y 1889 mucho más dura y crítica. Su aspiración era resolver el conflicto por medio de conversaciones directas descartando el arbitraje y en tal sentido dio de inmediato nuevas instrucciones a Moreno.

Enrique Moreno contaba entre los nuevos dirigentes del Brasil con muy buenos amigos. Integraban el Gobierno Provisorio entre otros Campos Salles, Arístides Lobo, Ruy Barbosa, Benjamin Constant, Quintino Bocayuva su gran amigo desde la Guerra del Paraguay que ocupaba la cartera de Negocios Extranjeros y el Mariscal Deodoro da Fonseca como Presidente. A todos los conoce bien y los ha frecuentado asiduamente desde su llegada al Brasil. Esta circunstancia le permite proseguir eficazmente, como hasta entonces, su tarea diplomática y, en lo particular, lo atinente a un nuevo acuerdo sobre los límites misioneros.

Después de unas breves negociaciones, el Gobierno Provisorio imbuido del alto ideal de confraternidad reinante entre ambos países, apresuró el arreglo del problema, y aceptó la propuesta tantas veces sugerida por Moreno de dividir equitativamente el

territorio en litigio. Pero, a pedido de Zeballos, el nuevo Tratado no fue suscripto en Río de Janeiro como había sido acordado en un principio y como correspondía por haber sido el anterior firmado en Buenos Aires, sino en el Palacio de Gobierno de la ciudad de Montevideo. Lo fue el 25 de enero de 1890 por los Ministros Estanislao Zeballos y Quintino Bocayuva actuando como segundos Plenipotenciarios Enrique B. Moreno y el Barón de Alencar. Desgraciadamente este entendimiento no tuvo futuro. El Congreso del Brasil, algunos afirman que irritado por la exigencia de Zeballos de que el Tratado no se firmara en Río de Janeiro sino en Montevideo, lo rechazó en su sesión del 10 de agosto de 1891 por una mayoría de 142 votos contra 5 por lo cual hubo que volver a las cláusulas del Tratado del 7 de septiembre de 1889 según las cuales de no llegarse a un entendimiento entre las partes el pleito quedaría librado al arbitraje del Presidente Cleveland y el Presidente de los Estados Unidos de América se expidió el 6 de febrero de 1895. El Secretario de Estado lo anunció expresando "el fallo es a favor del Brasil" agregando que los límites debían ser establecidos por "los ríos que el Brasil ha designado en su alegato". El mismo Zeballos, ya no más Canciller, había defendido la tesis argentina en Washington, pero se vio obligado a reconocer que "la República Argentina tenía material trunco, le faltaban algunos documentos, mapas e instrucciones, lo que era una desgracia nacional..." La Argentina leal a los compromisos contraídos acató el fallo. Al Ministro Moreno y a los buenos oficios de muchos de sus contemporáneos argentinos y brasileños debieron ambos pueblos que el pleito secular heredado de las épocas coloniales no hiciera en ningún momento derramar sangre de hermanos.

El 19 de abril de 1890 por Decreto firmado por el Presidente Juárez Celman y su Canciller interino Amancio Alcorta, Moreno es designado Ministro Plenipotenciario en el Uruguay, sin perjuicio de sus funciones en Brasil donde seguiría teniendo su sede permanente. Reemplazaba así al Dr. Roque Saenz Peña a quien Juárez Celman había designado Ministro de Relaciones Exteriores y que debía asumir sus funciones el 30 de junio siguiente.

Estando en la capital uruguaya lo sorprende la noticia de que el 26 de julio una revolución encabezada por Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle, Mariano Demaría y Miguel Goyena entre otros y con el General Manuel J. Campos como jefe militar había estallado en Buenos Aires con el objetivo de derrocar al Presidente Juárez Celman. La revuelta es finalmente sofocada, los amotinados se rinden pero, como lo pronosticaba el Diputado Manuel Pizarro, "si bien la revolución ha sido vencida, el Gobierno está muerto". El 6 de agosto Juárez Celman se ve obligado a renunciar y su Vice-Presidente Carlos Pellegrini asume la presidencia de la Nación.

* * *

El 16 de abril de 1891 el Presidente Pellegrini dicta el Decreto que refrenda su Ministro de Relaciones Exteriores Eduardo Costa por el cual se pone fin a la misión de Moreno en Brasil, y habiendo éste presentado sus Cartas de Retiro, se aleja poco después de ese país que tanto había aprendido a querer, por cuyas alegrías había vibrado y cuyas tristezas había sentido como propias. Allí, donde tantas pruebas de preocupación había dado por la paz fraterna y donde había alcanzado una popularidad raramente

igualada, tanto en épocas del Imperio como de la República, recibe extraordinarios homenajes y demostraciones de afecto y reconocimiento. La prensa brasileña lo despide como "el distinguidísimo caballero de tantas cualidades morales e intelectuales que hemos tenido el privilegio de conocer y valorar" y Joaquim Nabuco hablaría de él como "uno de los hombres más populares del Brasil".

Y habiendo terminado así su misión tan llena de éxitos traslada su sede permanente a Montevideo donde los frutos de su trabajo, múltiples como en todas las etapas de su carrera, exteriorizan su incansable y constante dedicación.

En 1891, poco antes de su retiro del Brasil, había organizado el traslado de Río de Janeiro a Buenos Aires de los restos del que fuera su jefe así como gran amigo de su padre, el General Paunero y al pasar éstos por Montevideo es el propio Moreno quien los recibe junto con el Gobierno y el pueblo uruguayo que concurren dando grandes exteriorizaciones de afecto. Poco después al obtener que se repatrien las cenizas de los Generales Martín Rodríguez, Félix de Olazábal, Juan José Quesada y Elías Galván que descansaban en suelo uruguayo, se repiten las mismas muestras de simpatía que materializan la fraternidad reinante entre los dos países del Plata que Moreno se empeña en acrecentar siempre más.

En noviembre de 1891 por orden del Congreso Nacional intercambia con el Canciller uruguayo los instrumentos de ratificación del "Convenio de Prácticos Lemanes" que había sido firmado el 14 de agosto de 1888 por el entonces Ministro argentino Roque Saenz Peña y por Don Ildefonso García Lagos por el Uruguay y ponía fin a tantas desagradables cuestiones que habían tenido lugar por causa de ese gremio.

Meses después, en mayo de 1892, efectúa la compra de una espléndida propiedad en las afueras de Montevideo; el "palacete de la Agraciada" que será desde entonces la sede permanente de la representación diplomática argentina y el 14 del mismo mes suscribe con el Ministro Manuel Herrera y Espinosa el "Protocolo sobre Exención de Impuestos a las Inmuebles de las Legaciones", uno de los primeros en su género.

Prosigue Moreno en Montevideo su política de acercamiento, consciente que siempre hay algo que sumar inclusive a una excelente relación y que siempre es necesario afianzar aún más los lazos existentes entre las naciones por más positivos que estos sean.

A mediados de 1895 la situación de las relaciones entre la Argentina y Chile pasaba nuevamente por un momento muy delicado que hizo temer pudiera alterar la débil concordia reinante, ya que las tierras en litigio entre ambos países en la Cordillera de los Andes eran causa de nuevas tensiones. Si bien en un eventual estado de guerra no era en principio de mayor interés la actitud del Uruguay, noticias de que Chile estaría contemplando entablar conversaciones para obtener del Gobierno de Montevideo la concesión de algunas bases en las costas orientales en vista de una posible conflagración, hizo que Moreno se pusiera de inmediato en campaña para hacer fracasar cualquier negociación en ese sentido y obtener la promesa formal de que en caso de guerra el Uruguay permanecería neutral.

Serían estas exitosas gestiones las últimas que Moreno realizaría durante esta misión, ya que el 11 de diciembre su amigo de tantos años el Teniente General Julio A. Roca, que interinamente ocupa la Presidencia de la Nación durante la inhabilitación por enfermedad del Presidente José Evaristo Uriburu, por decreto que refrenda Amancio Alcorta, dispone su traslado como Ministro Plenipotenciario en el Reino de Italia. Por otro decreto de fecha 9 de enero de 1896, se lo designa asimismo Ministro Plenipotenciario ante la Confederación Suiza, sin perjuicio de sus funciones en Italia y debiendo tener su sede permanente en Roma.

Grandes fueron las pruebas de amistad que tuvieron oportunidad de exteriorizarse con motivo de su partida, pero todas pueden ser sintetizadas en la carta que Don Juan Idiarte Borda, a la sazón Presidente del Uruguay, dirigiera al Presidente del Senado en ejercicio de la presidencia de la Nación Teniente General Roca y que decía: " ... me es en extremo grato asegurar a Vuestra Excelencia que el señor Moreno ha sido fiel intérprete de los sentimientos que animan al Gobierno y Pueblo argentino hacia el Gobierno y Pueblo uruguayo y ha contribuido constantemente con plausible empeño a la conservación y al desarrollo de las cordiales relaciones que felizmente existen entre nuestros respectivos países. Las recomendables cualidades que concurren en el señor Moreno, la cultura y la corrección de sus proceder y su preparación notoria para el desempeño de las altas y delicadas funciones que tuvo a su cargo, hacen de él un distinguido caballero y un perfecto diplomático que honrará siempre a la ilustrada Cancillería argentina. El señor Moreno ha sabido granjearse toda la consideración y estima del Gobierno uruguayo y el justo aprecio de esta sociedad en cuyo seno ha dejado muy agradables recuerdos".

* * *

El 17 de enero de 1896 parte Moreno para enfrentar su primera misión fuera del continente americano embarcándose en Montevideo a bordo de la nave "Sirio" en compañía de sus familiares.

Desembarcan en Génova trasladándose de allí por tren hasta Roma donde se alojan en la residencia de la Legación en Piazza dell'Esquilino 2, que a mediados de 1889 había sido comprada por su predecesor el Ministro Antonio del Viso. Este edificio que sería el primer inmueble adquirido para sede de una representación diplomática argentina en Europa fue comprado por el Gobierno al Marqués Pandolfi y anteriormente había habitado allí la Duquesa Bolognini-Litta-Visconti, cuyas relaciones con el Rey Humberto daban tanto tema para sabrosos comentarios. Edificado sobre el Esquilino, una de las siete clásicas colinas de Roma, en el emplazamiento de la gran propiedad de Mecenas, donde tenían sus casas Virgilio, Propercio y Horacio y otras personalidades de la antigua Roma, donde después se construyó una de las villas más famosas del Papa Sixto V y en el mismo lugar en el cual hasta tiempos más modernos se encontraba la majestuosa Villa Negroni, tenía desde sus ventanales y terrazas una vista estupenda sobre el ábside de la Basílica de Santa María Maggiore y el obelisco llamado de Augusto.

Cuando los Moreno llegan a Roma la ciudad ha perdido gran parte de su pintoresco encanto. A caballo entre dos siglos, se respiraba un clima de frivolidad dannunziana, de gastos desproporcionados y de refinamiento "belle époque" que hacían más evidentes los contrastes entre el lujo y la pobreza característicos de Roma. Se vivía además la primera fiebre de transformación edilicia con muchos planos -ninguno muy preciso- y con un erario prácticamente exhausto. Pero existía un desmedido orgullo y ambición de emular la Roma imperial así como la Roma renacentista o papal y crear una Roma sabauda que ya se perfilaba quizás con excesiva celeridad, sin demasiados proyectos precisos y sin el gusto que hubiera sido de desear, tanto que el Kaiser Guillermo II visitando Roma en 1893 exclamó: "si siguen empeñándose así, conseguirán que Roma alcance a ser más fea que mi Berlín". Pero si la situación edilicia era caótica, no lo era menos la situación política, económica y social en que se encontraba Italia en ese fin de siglo en el que según se decía "no existía ni justicia, ni gobierno, ni administración, pues todo era política de partido, favor y privilegio". Y a todo esto había que agregar las graves noticias sobre la campaña de África donde los desastres se sumaban.

El 23 de febrero acompañado por el Conde Simone Peruzzi, Maestro de Ceremonias, presenta sus Cartas Credenciales al Rey Humberto I en el Palacio del Quirinal, la antigua residencia de los Papas y desde 1870 de los Reyes de Italia. El monarca es de estatura más bien baja, parece mayor de los 52 años que tiene con sus grandes bigotes de aire marcial y casi blancos, no demuestra demasiados intereses intelectuales y posee una invencible timidez que injustamente lo hace parecer brusco. Pero, a pesar de su voz de timbre poco agradable, se demuestra extremadamente amable y en la conversación muy cordial que siguió a la ceremonia, expresó a Moreno su aprecio, afecto y agradecimiento hacia la nación argentina donde tantos italianos habían encontrado un nuevo hogar y un futuro promisorio. El Ministro Moreno informa a su Cancillería que el Rey lo ha recibido "con cortesía y afabilidad excepcionales... con profunda simpatía por nuestro país... y con datos exactos sobre nuestra producción, recursos... y nuestros principales hombres públicos". Indudablemente el Soberano lo ha impresionado muy favorablemente y le ha inspirado confianza por su expresión de bondad, su sentido común y el coraje que ha demostrado en tantas y tan diversas circunstancias.

Luego junto con la señora de Moreno, visita a la Reina Margarita que dejará en ellos la huella de su presencia y dignidad, de su gran cultura y de su conversación agradable e inteligente. Pocas semanas más tarde, encontrándose los Reyes en la Villa Real de Monza, Moreno envía a la Reina un ejemplar especial de la traducción al castellano de la Divina Comedia efectuada por Bartolomé Mitre que el General ha enviado con destino a la soberana.

Recordando las fructíferas misiones anteriores de Moreno, resulta fácil suponer que pronto comenzó a trabajar en favor del mayor acercamiento ítalo-argentino y cuanto hizo. Desde los primeros momentos su actividad fue múltiple e infatigable y para ello contó con excelentes colaboradores entre los cuales su hermano menor Hilarión que actuaba como Agregado a la Legación y los Secretarios Daniel Garcia-Mansilla y José María Cantilo funcionarios ejemplares que fueron orgullo de nuestra diplomacia y el tercero, además, Ministro de Relaciones Exteriores y Culto de 1938 a 1940.

En la Asamblea General de Agricultura reunida en Roma en los primeros meses de 1896, un grupo de agricultores, contando con la aprobación y el apoyo de una parte del Gabinete italiano, proponía la creación de un nuevo impuesto que gravaría sensiblemente la entrada de las lanas argentinas. En cuanto Moreno se enteró de la moción, que de un modo tan serio afectaría los intereses comerciales argentinos y una de nuestras principales exportaciones a Italia, se puso al habla con los promotores consiguiendo finalmente que la propuesta fuera retirada aun antes de que se la pusiera a votación definitiva.

Consiente del valor del entendimiento por la inteligencia para lograr intensificar la obra de acercamiento entre los países, fue un gran propulsor del intercambio cultural en todos los campos que comenzaba a perfilarse. Obtuvo que personalidades de la música, de las ciencias, de las letras y de las artes plásticas visitaran Buenos Aires y también el interior del país, así como que pronunciaran conferencias en Italia exponentes de la cultura argentina y que nuestros artistas pudieran ser conocidos. A Moreno debieron muchos de ellos poder cursar sus estudios con maestros o en academias italianas. Cabe sólo recordar entre tantos a la escultora Lola Mora, a la estudiante de arte escénico lírico Ida Sabat y a ese gran maestro y compositor que fue Héctor Panizza, a quien especialmente ayudó en la presentación de su ópera "Medio Evo Latino" en el Teatro Costanzi. Se preocupó asimismo del intercambio de periódicos entre ambas naciones e hizo que llegaran hasta nuestras tierras las últimas publicaciones especializadas italianas, combinando también para que instructores técnicos de fama viajaran a la Argentina a fin de cooperar en el mejor desarrollo de las nacientes industrias nacionales.

En Buenos Aires se hablaba en ese tiempo de levantar un monumento a Manuel Belgrano en el atrio de la Basílica de Santo Domingo. Moreno teniendo presente los orígenes peninsulares de la familia del prócer y apreciando el valor de los escultores italianos considerados como los mejores del mundo, se empeñó en buscar a quien más calificado estuviera para concretar este homenaje al creador de la bandera nacional. Primero pensó en el famoso Giulio Monteverde, protegido de los Reyes de Italia y de quien recordaba haber oído hablar mucho y bien al Emperador del Brasil, pero finalmente se resolvió por el palermitano Ettore Ximenez considerado como el escultor de mayor preparación artística y como el máximo exponente de su tiempo en el campo de la escultura monumental, cuyas obras podían ser encontradas desde Nueva York hasta San Petersburgo. Ximenez fue finalmente seleccionado por las autoridades argentinas para ejecutar el monumento a Belgrano y Moreno contó con una victoria más en su haber. Con la colaboración de Ximenez, que había quedado vinculado por buena amistad a los miembros de la Legación, Moreno logró instituir en Roma la Escuela Argentina de Bellas Artes, que desgraciadamente no sobrevivió muchos años.



Dr. Enrique B. Moreno
Caricatura de José Olivella

Desde su llegada a Roma y siguiendo expresas instrucciones de carácter reservado que había recibido de los Presidentes Roca y Uriburu, se dedica a efectuar sondeos, orienta e inicia los primeros contactos que culminarán con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, interrumpidas desde 1884 por la expulsión de la República del Delegado Apostólico Monseñor Luigi Mattera.

Indudablemente el Presidente Roca había tenido muy presente las cualidades personales y profesionales que distinguían a Moreno para designarlo Ministro en Italia y asimismo había previsto que fuera necesario hacer uso de las mismas en una emergencia difícil que podía presentársele a la República. Al respecto de esa situación había escrito a Moreno ya en mayo de 1895: "no creo en la guerra con Chile, pero a condición de que nos preparemos, porque los chilenos habrían de aprovechar si nos viesan desprevenidos". Como el gran político y estratega que era, Roca comparte la apreciación de su hermano de armas el Mariscal Lyautey que afirmaba: "Hay que disponer de un gran respaldo de fuerzas, para no tener necesidad de usarlas".

La situación de la Marina argentina era de notoria inferioridad y preocupaba seriamente a las autoridades. A pesar de la obra llevada a cabo por los sucesivos gobiernos y del impulso dado por Sarmiento en particular al crear la Escuela Naval, de la construcción ordenada por él mismo de lo que fue nuestra primera flota de mar moderna (una docena de pequeños buques) e inclusive de la incorporación en 1884 del acorazado "Almirante Brown" no se había llegado al nivel deseado, especialmente ante la tirantez de nuestras relaciones con Chile.

La situación tomó un aspecto más grave aún, cuando se tuvo conocimiento de manera bastante rocambolesca que Chile acababa de encomendar a astilleros ingleses la construcción de varios navíos de guerra de gran desplazamiento. Según lo relata Daniel García-Mansilla, a la sazón todavía Secretario de la Legación en Chile antes de su traslado a Roma, en su libro de memorias "Visto, oído y recordado", "Chile para hacer frente a la situación con la Argentina, que se tornaba cada vez más vidriosa, mandó construir, reservadamente, barcos de guerra en astilleros ingleses, alistándose para cualquier eventualidad. Hubo licitaciones previas, secretas, pero los ingleses debido sin duda a sus clásicas remuneraciones en tales asuntos, consiguieron el negocio. El representante francés de "Les Forges et Chantiers de la Méditerranée", despechado por el triunfo de sus competidores británicos, vino a suministrarme... las características de los barcos de guerra que mandaba construir el gobierno de Chile". García-Mansilla transmite esta noticia a su jefe el Ministro Norberto Quirno Costa quien de inmediato la pone en conocimiento de la Cancillería argentina que instruye a Enrique B. Moreno para que negocie en Italia la compra de diversas unidades y al mismo tiempo para que contrate al ingeniero italiano Luiggi para que dirija la construcción en las cercanías de Bahía Blanca de un puerto militar (actualmente Puerto Belgrano).

La empresa encomendada a Moreno no fue fácil pues Chile, algunos terceros países e inclusive políticos italianos se interpusieron en las negociaciones, pero Roca había tenido razón al confiar en él. Apela a todos los medios y llama a todas las puertas. Hasta llega a interesar personalmente al Rey Humberto obteniendo que éste no sólo

le brindara su apoyo para que se iniciara enseguida la construcción de dos navíos que serían los llamados "Belgrano" y "Pueyrredón", sino que ordenó que se alistaran de inmediato y se vendieran a la Argentina otros dos que estaban siendo construidos con destino a la flota italiana en los astilleros Orlando & Ansaldo de Livorno. Una de estas naves conservaría como justo homenaje a Italia su nombre de "Garibaldi" mientras la segunda llamada "Varese" fue rebautizada como "San Martín". En los astilleros de Livorno y de La Spezia se iniciaron urgentemente los trabajos correspondientes bajo la supervisión de una Comisión Naval presidida por el Almirante Manuel Garcia-Mansilla. La Armada argentina estaría por fin a la altura de sus eventuales necesidades y en paridad con la de su contendiente y de todas maneras, como dice el General Roca por boca de Félix Luna, "en condiciones mejores para hacer una paz digna o una buena guerra". Años más tarde cuando el 28 de mayo de 1902 se suscribe el conjunto de acuerdos conocidos como los Pactos de Mayo por los cuales, entre otros tópicos, se establece limitación de armamentos y equivalencia de fuerzas navales entre Argentina y Chile y se sometió el problema de límites al arbitraje de la Corona británica, dos de esos barcos fueron puestos en venta y finalmente adquiridos por Japón quien hizo buen uso de ellos en la guerra que mantenía contra Rusia y cambió sus nombres por "Kassuga" y "Nissim". Vale recordar que estos dos cruceros estaban dotados de grandes cañones que podían efectuar tiros por elevación casi en forma vertical, que fueron de significativa importancia en el bombardeo de Port-Arthur.

Si bien la lista de los documentos suscriptos por un diplomático no necesariamente habla del éxito alcanzado en su misión, siempre resulta interesante conocer algunos de los temas que merecieron su atención y respecto de los cuales le correspondió actuar. Así se puede mencionar que cupo a Moreno urgir la ratificación y efectuar el intercambio de los instrumentos correspondientes a una "Convención Consular", al "Tratado de Extradición" y a una "Convención relativa a Cartas Rogatorias y Sentencias Judiciales". Además, después de haber realizado durante largos meses no fáciles negociaciones, el 23 de julio de 1898 firma con el Ministro de Asuntos Extranjeros Conde Napoleone Canevaro un "Tratado General de Arbitraje" por el cual ambas naciones se obligaban a solucionar cualquier posible diferendo por aquel método. Este Tratado, cuyas primeras negociaciones había comenzado nuestro Ministro con el predecesor de Canevaro, el famoso Marqués Visconti-Venosta poco después de su arribo a Roma, era el triunfo de los ideales pacifistas de la Argentina que él compartía plenamente hasta hacerlos guía y fin de su actuación diplomática. El acuerdo tuvo repercusión en todo el mundo y en oportunidad de las sesiones de la Conferencia de la Paz reunida en La Haya en 1899 hubo para ambos países una especial felicitación y un voto unánime de aplauso. Finalmente el 9 de junio de 1904 Moreno suscribe con el Ministro Tommaso Tittoni un "Protocolo Adicional" al "Tratado de Extradición" que el 15 de junio de 1886 había firmado su predecesor Antonio del Viso con el entonces Canciller italiano Carlo-Felice Nicolis de Robilant.

Durante el largo tiempo que duró su misión en Italia, efectuó Moreno en compañía de sus familiares repetidos viajes a diversas ciudades del Reino. Nápoles, Génova, Milán, Venecia, Florencia y Turín tuvieron así oportunidad para demostrarle su afecto

y el lugar que la Argentina había sabido granjearse entre los italianos. Además, especialmente invitados por los Reyes Humberto y Margarita, los acompañaron en un viaje oficial que los soberanos efectuaron a la isla de Cerdeña, poniendo de relieve el aprecio con que los distinguían.

Pero si su acción en Italia fue múltiple y dio excelentes frutos en tantos campos, no debe olvidarse que era asimismo Ministro en Suiza donde también se preocupó en dar abundantes muestras de su interés por acrecentar los vínculos entre ambas repúblicas. Las relaciones remontaban a 1834, fecha en que la Dieta Federal había aprobado la apertura de un Consulado en Buenos Aires cuya jurisdicción fue ampliada en 1856 al Paraguay y Uruguay, mientras la Argentina disponía la apertura de sendos consulados en Berna y en Basilea. El diálogo se había mantenido siempre a un muy buen nivel de amistad y comprensión al que no era ajena la importante corriente migratoria que desde los diversos cantones suizos había encontrado en la Argentina un verdadero segundo hogar, lo que les permitió integrarse plenamente en nuestro medio, coparticipando del quehacer nacional sin por ello olvidar la patria lejana. Ya en el siglo XVIII se encontraban esporádicamente algunos suizos desembarcando en el Río de la Plata, pero fue en las primeras décadas del siglo XIX y en particular después de 1850 que la inmigración se hizo cada vez más numerosa. Los inmigrantes llegaban de los cantones de Vaud, Valais, Basilea, Zurich y especialmente del Ticino aportando el espíritu de iniciativa, la abnegación y el amor al trabajo que caracterizan al pueblo suizo. Moreno lo sabe bien y a fin de que esa corriente migratoria ejemplar se incremente cada vez más, toma contacto con diversas asociaciones y paralelamente se preocupa en reorganizar el deficiente cuerpo consular haciendo nombrar además agentes en Zurich, Schaffhausen, Sankt Gallen, Ginebra, Neuchatel, Solothurn, Bellinzona y creando un Consulado General en Lugano.

Por otra parte efectúa estudios sobre la organización del ejército helvético como también respecto de los sistemas educacionales vigentes en los diversos cantones y del funcionamiento de los establecimientos de enseñanza superior y técnica. Envía a la Cancillería informes sobre las disposiciones existentes sobre los bosques y parques protegidos y sobre la organización política-institucional así como sobre la bancaria y respecto de interesantes adelantos en el campo de la agricultura y la ganadería.

Gran admiración despertó en Moreno ese pequeño gran país de tan destacada importancia por su contribución a las libertades del hombre y al bienestar de la humanidad y por ser poseedor de cualidades e ideales que tanto hubiera deseado ver encarnadas en su patria y en sus habitantes. En cartas y comunicaciones privadas así como en los informes oficiales que regularmente envía a la Cancillería en esa época, no ahorra palabras para expresarla: "...La Suiza es un país digno de un estudio detenido, porque hay mucho que aprender de su organización institucional... Viviendo en medio de este pueblo sencillo, laborioso y tranquilo se ve por todas partes la expresión del más perfecto bienestar en todos los gremios, en todas las clases sociales... no se improvisa, se estudia, todo se hace con calma y reflexión, acumulando elementos de juicio para no sufrir errores... La Suiza es un pueblo fuerte y vive feliz respetando sus tradiciones, ejercitando sus derechos sin ninguna traba y cumpliendo fielmente con

sus deberes...". Bien podría Moreno haber completado sus apreciaciones con las palabras con las que su viejo amigo Sarmiento había descrito su impresión sobre Suiza algunos años antes: "en Suiza se siente una agradable sensación de felicidad las bellezas naturales se combinan con la creación humana... uno se encuentra en un país que sabe ennoblecer al ser humano utilizando los productos de la tierra, la inteligencia y las fuerzas materiales para la comodidad, el placer y la elevación moral del mayor número de sus habitantes".

Como todo buen diplomático que tiene conciencia de su misión y conoce sus tareas, Moreno no descuidaba el aspecto representativo de su función, el interés de relacionarse y la tradición de la hospitalidad. Así como lo había sido en el Paraguay, Uruguay y Brasil, Italia conoció en Enrique B. Moreno a más del diplomático avezado lleno de humana experiencia, recto y paciente, a un gran señor, a un caballero cabal dotado de mente clara, de serena madurez, de ideales concretos que no enajena o desvirtúa sus juicios en homenaje al prójimo y asimismo a un conversador interesante y ameno que hace agradable cualquier encuentro que con él se tenga, ya que también posee el inapreciable don de saber escuchar la palabra de los demás.

Los Reyes Humberto y Margarita en un principio y luego los Reyes Víctor Manuel y Elena lo honran con su amistad y su confianza y el Rey Humberto decía de él que era "un excelente amigo de Italia y el más leal y simpático de los diplomáticos", mientras la prensa italiana lo describió como "valiente soldado y patriota, insigne diplomático y el hombre del momento".

Las puertas de las asociaciones culturales y comerciales se abrieron de par en par para recibirlo como a un dilecto invitado y para que hiciera uso de sus tribunas. Era cosa normal encontrar al matrimonio Moreno asistiendo a las funciones de la ópera o de conciertos en el grandioso Teatro Costanzi recién inaugurado a pocos metros de la Legación o en el Teatro Argentino, así como en el Teatro Dramático o en el Teatro Valle los mejores para la prosa, en los cuales frecuentemente eran invitados al palco de la Reina Margarita, siempre presente en los eventos culturales. Lo mismo sucedía en la Piazza di Siena sede de los concursos hípicas o en el Hipódromo delle Capanelle donde son figuras obligadas la del Rey Humberto y los más destacados exponentes de la sociedad y la política.

La sociedad italiana los consideraba como de los suyos y así como eran siempre vistos en los renombrados banquetes y bailes que los Reyes ofrecían en el Palacio del Quirinal, lo eran también en las recepciones que de continuo animaban los palacios del patriciado o de la nobleza romana. Lo mismo sucedía con las Embajadas y Legaciones extranjeras acreditadas ante el Reino que desde su llegada a Roma a partir de 1870 se habían instalado en los más estupendos e históricos palacios; Austria en el Palacio Chigi, Francia en el Palacio Farnese, Alemania en el Palacio Caffarelli, España en el Palacio Barberini, Baviera en el Palacio Borghese, Bélgica en el Palacio Roccagiovine, Países Bajos en el Palacio Bonaparte, los Estados Unidos en el Palacio Piombino. Por su parte la Legación argentina recibía cotidianamente a las personalidades italianas más ilustres en todos los sectores, así como a los diplomáticos extranjeros o a los

argentinos de paso por Roma que se acercaran a la Legación. No es de extrañar por lo tanto que dos de las hijas de los Moreno quedaran unidas por matrimonio al Viejo Mundo. A principios de 1899 la segunda, Isolina, se casa con el Coronel Príncipe Nicolás Troubetzkoy, Agregado Militar ruso en Italia, mientras que algunos meses más tarde, en octubre de 1900, se efectuaba el casamiento de la mayor, Carolina, con el Conde Carlo Guicciardini, perteneciente a una de las familias históricas más antiguas e ilustres de Florencia.

En abril de 1899 y después de una ausencia de más de tres años Moreno obtuvo de su Gobierno autorización para efectuar un viaje a la República. Desde su primera salida al exterior en 1880 -hacían casi veinte años- tan solo breves temporadas había pasado en Buenos Aires y deseaba ardientemente retomar contactos y ver a familiares y amigos. No en vano Enrique IV dijo que "l'absence n'est pas la morte des belles amitiés, c'est au contraire l'école ou elles s'apprenent le mieux" y muchos diplomáticos podríamos corroborar esta afirmación, inclusive Moreno. La recepción que le fue tributada a la llegada a bordo del "Orione" lo demostró elocuentemente. Comisiones especialmente creadas, delegaciones políticas, culturales, de la industria, del comercio, miembros de la fuerzas armadas, representantes del Gobierno y un sin fin de amistades personales, así como una gran parte de la colectividad italiana colmaban las instalaciones del puerto. Una manifestación popular lo acompañó hasta su alojamiento y los homenajes se prolongaron durante casi toda su estada.

El diario "La Nación" en su edición del 28 de mayo de 1899 publicaba un artículo del periodista italiano Ettore Mosca en el que expresaba que "en los tres años pasados en Roma ha sabido hacer conocer y apreciar en su justo valor la República Argentina que para muchos, aun para hombres de Gobierno, aparecía solamente como una inmensa extensión de tierras vírgenes pobladas de revolucionarios y de agricultores... ha sabido encontrar la manera de dirigir hacia su país la mejor parte de la emigración italiana sin gastos y con ventajas para ambas partes. Ha comprado en Italia cuatro poderosas naves de guerra, dos de las cuales difícilmente habrían sido concedidas a otro diplomático... ha estrechado hasta hacerlas cordialísimas e indisolubles las relaciones de amistad entre Italia y la Argentina... y basta decir que ha sido el único diplomático invitado para acompañar al Rey Humberto en un viaje oficial..."

El Presidente Roca, que tanto apreciaba a Moreno hasta decir de él que "de veinte años a esta parte no hay argentino que haya prestado mayores servicios a su país en el exterior", le pidió que lo acompañara en el viaje que en el siguiente agosto debía realizar al Brasil por invitación del doctor Manoel Campos Salles que poco antes había asumido la presidencia. Roca deseaba con esta visita fortalecer aún más los lazos de fraterna amistad existentes entre ambos países y que siempre había considerado como de vital importancia para el desarrollo de ambos y para la paz continental. Y para alcanzar plenamente este fin sabía que nada le sería mejor y más útil que la compañía y la colaboración de Moreno que tantos y tan buenos amigos contaba en Brasil. Pero además a Roca lo alentaba otra motivación secreta, una de sus típicas "zorrerías". Sabía que indudablemente los chilenos verían con desconfianza ese nuevo acercamiento entre Brasil y Argentina y considerarían el viaje, primer viaje de un Presidente

argentino en el ejercicio de sus funciones al Brasil, como la exteriorización indudable de una alianza que se podría revertir contra ellos en el hipotético caso de un conflicto. Por su parte Roca estaba convencido de que esta apreciación de los hechos reduciría sin duda alguna los eventuales riesgos de un enfrentamiento armado. Nuevamente Roca y Lyautey se daban la mano.

Moreno acepta encantado esta oportunidad que le permitirá volver a un país al que se sentía tan unido por tantos vínculos y vivencias y donde tanto se lo estimaba. En consecuencia resuelve acortar sus vacaciones y el 3 de agosto parte de Buenos Aires para, previa una visita oficial a Montevideo, llegar a Río de Janeiro a bordo del acorazado "San Martín" escoltado por los cruceros "Buenos Aires" y "Patria", en los que viajaban el Presidente acompañado de su comitiva que integraban entre otros los Ministros de Relaciones Exteriores y de Marina, respectivamente Amancio Alcorta y Martín Rivadavia, tres generales veteranos de la Guerra del Paraguay, Luis María Campos, José Ignacio Garmendia y Nicolás Levalle, parlamentarios, políticos y representantes de la fuerzas armadas.

Roca movilizó prácticamente toda la opinión pública brasileña, provocando un sin fin de significativos homenajes, expresivos discursos, magníficas recepciones y también monumentales demostraciones populares en las que en todo momento se exteriorizó un sentimiento de indiscutible adhesión y afecto hacia la Argentina y sus representantes. El Presidente Campos Salles retribuyó esta visita en octubre de 1900, pero Moreno no estaría presente en esta ocasión. Ni en una visita, ni en la otra se consideraron y menos aún se firmaron el tipo de acuerdos que Roca quería que los chilenos imaginaran, aun cuando ambas hicieron exclamar a Quintino Bocayuba: "argentinos y brasileños acaban de suscribir un tratado sin cláusulas".

Terminados los memorables días de Río de Janeiro, Moreno prosigue su viaje de retorno a Roma en el mismo barco "Orione" que lo trajera a Buenos Aires.

Se encontraba en Berna, donde algunos asuntos reclamaban su presencia y donde en general pasaba parte de los meses del verano, cuando recibió un telegrama de su colega e íntimo amigo el Ministro del Uruguay en Italia, Daniel Muñoz Cuestas, quien le anunciaba: "Rey infamemente asesinado anoche en Monza", La comunicación llevaba fecha 30 de julio de 1900. Efectivamente los Reyes se encontraban, como lo hacían a menudo, pasando una temporada en la Villa Real de Monza, en el Piamonte. El día 29 el Rey había ido a presidir unas competiciones deportivas y finalizadas las mismas subía a la carroza para retornar a la Villa cuando el anarquista Gaetano Brescile disparó tres tiros desde muy corta distancia y sin dar tiempo para que interviniera la fuerza pública. El Rey se desplomó en el asiento y falleció antes de llegar a su residencia. Este tercer atentado del que era objeto había sido dispuesto durante una reunión de sociedades secretas en Patterson, Estados Unidos de América, de la que participaron ciento treinta y dos anarquistas de todo el mundo.

La Italia del 900 -como ya lo había informado Moreno a la Cancillería durante su reciente viaje a Buenos Aires- estaba presidida por un constante y peligroso

enfrentamiento entre las fuerzas llamadas liberales y las llamadas reaccionarias tanto de derecha como de izquierda. A ello se sumó un profundo rencor y ánimo de venganza por los sometimientos de las sucesivas revueltas de Sicilia y de Carrara en 1894 por los generales Morra di Lavriano y Heusch y finalmente por el de los motines revolucionarios de Milán de 1898, que fueron sofocados con mano firme por el General Bava-Beccaris dejando un saldo de 80 muertos y más de 450 heridos. A esta situación se sumó la designación del General Luigi Pelloux como Presidente del Consejo de Ministros, quien a riesgo de la impopularidad consiguió someter el clima de exasperada tensión y de motines sangrientos e imponer algo de disciplina. De la investigación posterior surgió que el asesinato del Rey Humberto había sido ordenado en Patterson como "un castigo ejemplar" de las mencionadas represiones. Pero como por milagro la terrible conmoción que causó en todos los sectores el crimen del soberano calmó los ánimos y encaminó la difícil situación hacia una solución. Los peligrosos enfrentamientos comenzaron a desaparecer para dar lugar a una entente general orientada a salvar al país del caos que indudablemente muchos buscaban, tanto dentro como fuera de Italia, para que la anarquía pudiera dominar primero la península y luego extenderse por los demás países europeos. El Rey había sido asesinado para crear la anarquía, por el contrario, había logrado frenar el peligro y devolver la paz y la concordia a su país, por lo menos momentáneamente.

Es fácil imaginar la dolorosa impresión que la noticia causó en el ánimo de Moreno que parte de inmediato hacia Roma donde ya lo espera un mensaje del Presidente Roca instruyéndolo para que asuma la especial representación de la República en el entierro del Rey Humberto.

Los restos son trasladados a Roma y el 9 de agosto inhumados en el Panteón Real -donde ya descansaba Víctor Manuel II- en una ceremonia impresionante a la que asistió Moreno cumpliendo las instrucciones de su Gobierno quien siempre recordaba con agradecimiento al que había sido tan buen y leal amigo de la Argentina especialmente en sus necesidades y momentos difíciles.

El 11 de agosto el nuevo Rey Víctor Manuel III juraba solemnemente ante la Cámara de Diputados y el Senado fidelidad al Estatuto del Reino y seguidamente recibía el saludo de las Misiones Especiales de los Gobiernos extranjeros y del Cuerpo Diplomático. El Rey, a quien la naturaleza no había colmado especialmente de sus mejores dotes, se presentaba aún más pequeño y desvalido ante la majestad de la ceremonia, pero recibió a Moreno con gran afabilidad. Se conocían desde que Moreno llegara a Roma y desde que, meses después, éste asistiera como Enviado en Misión Especial al matrimonio del entonces Príncipe Heredero con la Princesa Elena de Montenegro. Nuestro Ministro apreciaba en el monarca sus conocimientos poco comunes, su característica sencillez y la firmeza de sus principios.

Con frases sentidas y muy cordialmente le expresó Víctor Manuel III su agradecimiento por los homenajes póstumos que su padre había recibido en la Argentina, recordando que el mismo día de su sepelio simultáneamente se habían dicho misas en Buenos Aires y en cien pueblos y ciudades del interior. Moreno le hizo una rápida

exposición de lo sucedido cuando la Argentina se había visto obligada a reforzar sus fuerzas navales y de la ayuda inapreciable que había recibido del Rey Humberto en esa ocasión, agregando "El pueblo argentino nunca olvidará que debe a su augusto padre haber podido imponer la paz en América".

El Rey reiteró su reconocimiento agregando que si la República Argentina alguna vez llegara a necesitar algo de Italia se lo hiciera saber personalmente y de inmediato. Y la ocasión no tardó en presentarse cuando diversos hechos y malentendidos, atizados por los belicistas de ambos lados de la Cordillera de los Andes, desencadenaron una nueva carrera armamentista. Moreno recibe de su Cancillería un cable en el que se le informaba que "las municiones que trajeron los acorazados se agotaron en los ejercicios y estamos de nuevo en situación peligrosa. Proceda de acuerdo a su criterio". No duda un minuto, solicita enseguida una audiencia con Víctor Manuel y la obtuvo para el mismo día. Le expuso la delicada situación planteada y la necesidad urgente de adquirir municiones. El Rey se detuvo un momento y preguntó "¿Hay en Europa algún buque de guerra argentino?" y al conocer que se encontraba navegando en las cercanías la fragata "Sarmiento" le indicó a Moreno que la llamara e hiciera fondear en el puerto de La Spezia. Así se hizo y poco después la "Sarmiento" zarpaba con destino a Buenos Aires cargada de municiones que de los arsenales italianos habían pasado a sus bodegas por orden expresa del Rey de Italia. Por segunda vez la Argentina era deudora a la Casa de Saboya por haberla ayudado a salvar la paz en el sur del continente al permitir la equiparación de fuerzas que significaba el alejamiento del riesgo de una conflagración.

En 1901 la vida de Moreno se encuentra gravemente en peligro, amenazada por una seria pleuresía, pero su fuerte constitución venció la enfermedad y después de un tiempo se encontraba nuevamente al frente de la Legación con la misma actividad y con el mismo deseo de no perder un solo instante de su fructífero tiempo. Y sigue paciente como una hormiga con su trabajo que cumple siempre con la misma determinación, con sus gestiones en las cuales no descuida ningún esfuerzo para alcanzar resultados satisfactorios, y con sus éxitos.

Moreno mantiene durante todos los años de su misión en Roma, como lo hará durante toda su carrera, una sumamente interesante correspondencia con su Cancillería en la cual no sólo trata de los problemas bilaterales innatos a su misión, sino que también aborda problemas referentes a la actualidad política, económica y social italiana y a los más trascendentes acontecimientos europeos. Así transmite detallada información, apreciaciones equilibradas y objetivas evaluaciones sobre la peligrosa situación reinante en Italia antes del asesinato del Rey Humberto y que después de un breve intervalo de calma prosiguió como antes durante el comienzo del nuevo siglo; sobre ese parlamentarismo tan incapaz como infecundo y obstructivo; sobre las sucesivas huelgas y choques entre obreros y el Gobierno y entre las diferentes agrupaciones sindicales; sobre la desocupación preocupante y peligrosa, donde las buenas palabras e intenciones ni siquiera se concretaban en promesas; sobre la caótica situación económica del país; sobre los escándalos financieros; sobre la interminable sucesión de Presidentes de Consejo y de Ministros; sobre las alternativas de la empresa colonial

africana que Italia basaba en sus necesidades de expansión demográfica y en especial de productos y materias primas; sobre las tensiones entre Italia y la Santa Sede y sobre las aspiraciones de ambas de encontrar un "modus vivendi". Y en lo internacional acaparan su atención particularmente los acuerdos entre Francia e Italia gestados por su amigo el Embajador de Francia Camille Barrère (lo sería en Roma durante 27 años) que concretaban el acercamiento entre ambos países disminuyendo el peligro que representaba la Triple Alianza de Alemania, Austria e Italia con respecto a Francia, la que por otra parte estaba anudando la Entente Cordial con Gran Bretaña, a la que trataba de atraer también al Imperio Ruso. Son también tema de sus informes las visitas del Rey Eduardo VII, del Kaiser alemán y del Presidente Loubet a Roma, así como la suspendida a último minuto del Zar Nicolás y las del Rey Víctor Manuel a París y a San Petersburgo, a las que sumó para calmar los ánimos una a Berlín; y la ruptura de relaciones diplomáticas entre Francia y la Santa Sede en 1904. Lo mismo hizo el año anterior con motivo de la muerte de Su Santidad Leon XIII y de la elección de su sucesor Pio X, el Papa Santo, ya que en esa época, aun cuando ya se hubieran restablecido las relaciones diplomáticas entre la República y la Santa Sede, el Gobierno argentino no había acreditado todavía a un funcionario permanente a cargo de esa misión.

La práctica y la tradición querían -y lo continúan queriendo- que la separación entre las representaciones ante la Santa Sede y en Italia sea total, en sus titulares y competencias así como en sus actividades. Por ello en enero de 1903 se había desplazado al entonces Secretario de la Legación en París Daniel García-Mansilla para atender a la visita que el Vice-Presidente de la Nación Norberto Quirno Costa efectuaría al Papa Leon XIII, como meses más tarde, en noviembre del mismo año, García-Mansilla retornaría a Roma en Misión Especial para la coronación de Pio X. Pero si la representación oficial la asumía el Secretario García-Mansilla, la información reservada al Ministerio la transmitió Moreno con sus apreciaciones sobre la larga vida e intensa obra desarrollada por el Papa Pecci que había tenido diversas oportunidades de considerar, inclusive personalmente, problemas relacionados con la Argentina; con sus menciones acerca de los "papabili" y, en su oportunidad, sus consideraciones sobre la exclusiva ejercida -sería la última vez en la historia- por el Emperador de Austria contra la candidatura del Cardenal Secretario de Estado Mariano Rampolla del Tindaro. Cuanto de interés pasara o repercutiera en Italia era un tema de estudio y de análisis para Moreno quien en todo momento, sea como actor o como testigo, pone siempre en evidencia de manera explícita la vigencia de la primera virtud profesional de un diplomático que no es otra que el resguardo de la objetividad, elevada al rango de la verdad y de la justicia.

Para sus gestiones, así como para mantener bien informada a su Cancillería, cuenta Moreno con buenas amistades tanto en los círculos políticos italianos de las diversas tendencias como entre los diplomáticos acreditados ante el Quirinal. Su figura alta y elegante, su larga barba y su gran señorío son bien conocidos en el Palacio de la Consulta (sede del Ministerio de Asuntos Exteriores de 1870 hasta 1923) y también asiduamente se lo ve visitando en sus despachos o recibiendo en su residencia a los más conspicuos factores de la situación política con los que ha establecido amistades que rebasan la mera relación oficial. Rudini, el Duque de Sermoneta, Visconti-Venosta,

Francesco Crispi, Zanardelli, Luzatti, el Marqués de San Giuliano, Giolitti y tantos otros prohombres de las primeras décadas de la Italia unida son para él verdaderos amigos con quienes habla con franqueza y de quienes recibe puntos de vista que lo ilustran y facilitan su misión.

Lo mismo le sucede con sus colegas diplomáticos entre los cuales se destacan algunos de los más relevantes profesionales del momento. Claude Barrère que será Embajador de Francia entre 1897 y 1923, Sir Philip Currie y Sir Edward Egerton sucesivos Embajadores británicos, el Conde Lutzow Embajador del Emperador Francisco José, el famoso Bernhard von Bülow luego Príncipe y Canciller del Imperio alemán, el Conde Mouraview Embajador del Zar, Cipriano del Mazo y el Conde de Benomar Embajadores de España, así como los Ministros del Brasil Barón de Teffé y Regís de Oliveira, Estevá de México, del Uruguay su viejo amigo de tantos años Daniel Muñoz Cuestas y de los Estados Unidos de América William Draper, George van Lengkerke Meyer y Henry White. Estos últimos -según el diplomático italiano Daniele Varé que en esos años comenzaba su carrera- "eran recién llegados y contaban poco en los asuntos europeos, eran tan solo simples observadores mirando desde un palco, que expresaban su aprobación o lo contrario, pero como se aprueba o no lo que sucede en un escenario, sin que a nadie le preocupara demasiado su opinión". Todo este conjunto de artífices de la política internacional -pues en esa época aún lo eran- cuyas funciones esenciales eran todavía la negociación, la representación y la información, antes de que les fuera arrebatada la primera, significaba aún mucho en el contexto mundial, como bien lo afirmaba también el siempre agudo Daniele Varé, "en un mundo que comenzaba a desaparecer, en el cual el espíritu de nacionalidad (el verdadero amor a la patria) era la inspiración que los políticos de hoy encuentran -o pretenden encontrar- en las ideologías".

Muchas personalidades argentinas llegan a Roma y merecen las atenciones de Moreno y cuando éstas además son buenos amigos trata de compensar los años de ausencia y la falta de noticias con horas de conversación y no ahorrando esfuerzos para estar con ellos. Así entre muchos otros, en febrero de 1903 es su gran amigo y ex-jefe en la Cancillería, el Vice-Presidente Norberto Quirno Costa que se encuentra en viaje oficial visitando algunos países europeos, también Lucio V. Mansilla que reside en París y en otra época es ministro en Alemania y viaja frecuentemente a Roma y finalmente en los primeros meses de 1906 es la vez del General Roca que, habiendo dejado meses antes la presidencia, efectuaba un largo viaje por Europa en compañía de sus hijas Elisa, Clara y Elena. Lo acompaña a presentar sus saludos al Rey y días más tarde al gran banquete que los soberanos ofrecen en el Quirinal en honor del ex-Presidente, haciendo además la estada del amigo lo más agradable posible. Roca lo recuerda con agradecimiento en una carta que le dirige desde París el 8 de abril siguiente: "...mucho extrañaremos los buenos ratos pasados en Roma y debidos a ustedes en gran parte".

Pero al tiempo que se alegra con la visita de seres que le son tan queridos, noticias llegadas de Buenos Aires le hacen recordar que el tiempo ha ido pasando y que comienzan a ralearse las filas de sus amigos. El 19 de enero de 1906 muere el General Mitre rodeado del afectuoso respeto de todo el país, dos meses después Manuel Quintana siendo Presidente de la Nación, el 17 de junio Carlos Pellegrini, hasta que recibe la no-

ticia de que poco antes de finalizar ese año había muerto Don Bernardo de Yrigoyen. Y en los últimos años ya los habían precedido sus amigos Francisco Madero, Nicolás Levalle, Martín Rivadavia, Aristóbulo del Valle, Pedro Goyena, Lucio Vicente López, Miguel Cané, Amancio Alcorta, Gallo, Estrada, casi toda su generación, esa gran generación del 80 a la que el país tanto debe.

Todavía su misión lo lleva en mayo de 1906 a Lausanne donde representará al Gobierno en la inauguración del Túnel del Simplón así como en el gran banquete que siguió en el Palacio de Rumíne. El domingo 27, en el tren que lleva al Rey de Italia y al Presidente de la Confederación, recorre el túnel por el cual, bajo una cima de 2.000 metros, como lo menciona el Intendente de Lausanne a su colega de Milán, "suizos e italianos se tienden las manos".

* * *

Desde hacía tiempo Moreno aspiraba a cambiar su sede con la de Don Roque Saenz Peña que era Ministro en España y que por su parte deseaba ardientemente ocupar la Legación en Italia. De común acuerdo hicieron el pedido a la Cancillería pero sólo la aspiración de Saenz Peña se concretó.

Saenz Peña fue designado Ministro ante el Quirinal, pero Enrique B. Moreno en cambio de ir a Madrid fue destinado como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los Reinos de Bélgica y de los Países Bajos por Decreto del 9 de abril de 1907 que firmaba el Presidente Figueroa Alcorta y Estanislao Zeballos nuevamente Canciller. A Madrid iba en cambio Eduardo Wilde al que Moreno reemplazaría en Bruselas.

Es de imaginar cuanto lamentaron los amigos de Roma y de Berna conocer la partida de los Moreno. Ni bien la noticia tomó estado público les llegaron innumerables cartas y telegramas llenos de sentimiento y las visitas colmaron la residencia de Piazza dell'Esquilino. Finalmente presentó sus Cartas de Retiro al Rey y éste junto con la Reina Elena les ofrecieron en el Palacio del Quirinal un banquete que fue la demostración del afecto y la consideración que los Moreno habían sabido granjearse durante su estada en Roma. En el transcurso del banquete el Ministro argentino recibió de manos del propio soberano el Gran Cordón de la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro al que se le unió a título excepcional la Gran Cruz de la Corona de Italia. En Berna la despedida tampoco dio lugar a dudas respecto de los sentimientos que los suizos en general y el Consejo Federal en lo particular albergaban por el matrimonio. Terminadas las últimas despedidas, el 25 de mayo de 1907 parten de Roma llegando a Bruselas el 5 de junio siguiente.

Poco después de haber asumido sus nuevas funciones Moreno envía al Ministro de Asuntos Exteriores de Italia Tommaso Tittoni unas líneas en las que agradecía todas las atenciones recibidas y en las que recordaba con cariño su misión ante el Rey de Italia y todas las amistades ganadas en un ambiente de leal confraternidad que él tanto se había preocupado en cultivar. Decía: "...siento el deber de expresar otra vez a Vuestra Excelencia mi devoción por Italia que amo como a mi segunda patria, mi respeto por su Soberano y mi estimación por Vuestra Excelencia..."

El 19 de junio presenta sus Cartas Credenciales al Rey Leopoldo II en el Palacio Real de Bruselas. La presencia del Rey impone por su solemne grandeza, alto y muy erguido con sus 71 años, vestido con el uniforme de Teniente General en el que sólo se destacaba la insignia de la Orden de Leopoldo y la larga barba blanca a medio pecho; era el patriarca de la floreciente nación belga y el creador de su poderío y presencia internacional. El Soberano, aunque conservando siempre su aspecto severo y autoritario que tanto imponía a los que con él conversaban, le habló con amabilidad y demostró un buen conocimiento de la Argentina, especialmente de su situación económica y las empresas que allí se podían encarar florecientemente. No en vano era conocido por su apego al dinero y su sentido de los negocios, pero no había que olvidar de qué manera había impulsado el desarrollo de todas las formas de la expansión económica belga favorecida por su posición geográfica, sus tradicionales industrias, la habilidad de su mano de obra, sus riquezas carboníferas, la abundancia de sus medios de comunicación y sus potentes sociedades comerciales y bancarias que la llevaron a estar presente especialmente en el Congo y la China y aspirar a desarrollarse en Siam, Persia, Egipto y ahora en América Latina. Estas perspectivas hicieron meditar a Moreno, ya que le señalaban un importante aspecto hacia el cual debía encaminar sus gestiones durante su estadía en Bélgica especialmente orientando un flujo de inversiones hacia la Argentina.

Días más tarde acompañado de la señora de Moreno visita a los Príncipes Herederos Alberto y Elisabeth y a los demás miembros de la Familia Real que acogen con simpatía a los representantes de la lejana Argentina.

Acreditado ya en Bélgica, a mediados de julio parte hacia La Haya en donde el día 26 presenta sus Cartas a la joven Reina Guillermina quien lo espera junto con su esposo el Príncipe Enrique de Mecklemburg-Schwerin y a la Reina Madre Elena. Mujer de grandes condiciones y poseedora de una amplia y esmerada educación, regía los destinos de su patria con gran tino y acierto a pesar de sus pocos años y dejó en Moreno una excelente impresión.

Cumplida esta ceremonia, Moreno se incorpora de inmediato a los delegados que en la Conferencia Internacional de la Paz representaban a la República. Junto al presidente de la Delegación Roque Saenz Peña, al ex-Canciller Luis María Drago, al General Francisco Reynolds, a Carlos A. Becú y al Capitán Juan A. Martín, participa incansable de todas las sesiones del Congreso que a propuesta del Presidente de los Estados Unidos de América y del Zar Nicolás II convocara la Reina Guillermina. Había sido inaugurado el 15 de junio anterior en la Sala de los Caballeros del Palacio del Bosque de la ciudad de La Haya con el fin de "dar nuevo desarrollo a los principios humanitarios que habían servido de base a la Primera Conferencia de 1899" según se expresa en el Acta Final. Moreno despliega en estas reuniones una gran actividad destacándose por su paciencia, habilidad y dignidad y aporta interesantes ideas, disfrutando además del encuentro con viejas amistades con las que acuerda gestiones para que la Conferencia dé de sí toda lo que de ella se esperaba pues "nadie como quien ha luchado en los campos de batalla y conoce las destrucciones y los dolores que traen consigo las guerras, sabe todo el valor de la paz". Gran atención de la Delegación mereció el análi-

sis hecho durante la Conferencia de la Doctrina Drago cuyo autor, que durante un año había ocupado la Cancillería, la integraba. La tesis argentina mereció análisis, deliberaciones y debates, pero unánimemente se reconoció la trascendental importancia de la proclamación de la ilegitimidad del cobro compulsivo y por la fuerza de las deudas públicas por parte de potencias extranjeras.

Terminada la Conferencia, Moreno se da de lleno a su misión dividiendo su tiempo entre Bruselas y La Haya. Recorre las provincias, visita las activas fábricas dotadas de los últimos adelantos de la ciencia así como los establecimientos ganaderos y los lavaderos de lana de los que sobre todo los de Amberes y Verviers atraen su atención dada la importancia que tienen para nuestro comercio de lanas con el Viejo Mundo y obtiene que técnicos acepten viajar a Buenos Aires llevando sus conocimientos para impulsar el progreso y la modernización de nuestras industrias.

En noviembre de 1907 realiza un rápido viaje a Buenos Aires y a su regreso se reintegra a sus labores que sólo cada tanto interrumpe con algún viaje a París o a Italia para rever a las hijas que allí han quedado. El comercio, la industria, la minería, la agricultura y la ganadería, las expresiones culturales, científicas y políticas de Bélgica y Holanda cautivan su interés y en sus comunicaciones a la Cancillería no retace a las ponderaciones que le producen ambos países que habiendo llegado a su total independencia algo más de cincuenta años antes, a pasos agigantados se iban convirtiendo en dos potencias de primera magnitud.

En mayo de 1909 concurre revistiendo la representación especial de la República a las ceremonias conmemorativas del nacimiento de la Princesa Heredera al trono holandés Juliana, nacida el 30 de abril anterior. De regreso a Bruselas recibe un decreto del 19 de junio por el cual el Presidente Figueroa Alcorta lo designa para que participe de la Conferencia Internacional de Derecho Marítimo que debía celebrarse en la capital belga a fines de septiembre del mismo año.

Una vez finalizadas las sesiones de la Conferencia, Moreno viaja a Boulogne-sur-Mer donde toma parte de las ceremonias de inauguración de una estatua que perpetuaría en suelo francés la memoria del General José de San Martín quien allí había vivido largos años. El 23 de octubre llegó a lo que fuera el último refugio del Libertador y ya encontró reunidos a todos los Ministros argentinos acreditados en Europa, así como a los representantes diplomáticos de todas las naciones americanas, legisladores franceses, delegaciones de la Armada y el Ejército de Francia encabezadas por el Ministro de Guerra General Brun ya gran cantidad de argentinos y americanos que habían llegado hasta allí para tomar parte del homenaje. El 24 era el día fijado para la ceremonia central y como recordó posteriormente Moreno en una carta "allí confraternizaron todos los pueblos de América desde los Estados Unidos hasta Chile, asociándose a nuestro júbilo el pueblo y el ejército de Francia". Una breve estada en París y regresa a Bruselas donde prosigue su obra de acercamiento, así como se dedica a preparar las contribuciones argentinas a la gran Exposición Internacional y a diversos congresos científicos que debían realizarse en Bruselas en el futuro próximo.

De vuelta de Boulogne-sur-Mer rinde también un particular homenaje al General San Martín frente a la casa de la rue de la Fiancée, en la ciudad de Bruselas, donde el Libertador había vivido con su hija Mercedes durante siete años de su exilio voluntario, los cuales, según sus propias palabras, fueron de los más felices que pasara lejos de su patria.

Finalizaba el año 1909 cuando la nueva del fallecimiento del Rey Leopoldo conmovió el 17 de diciembre la ordinaria tranquilidad y rutina de Bélgica. Desde hacía algunos años sus estancias en Bruselas se habían hecho cada vez menos frecuentes y vivía retirado alternando sus permanencias en el Castillo de Laeken con días de sol en las playas de Ostende. Había sufrido una operación que lo había debilitado mucho y dos días más tarde una embolia ponía fin a su vida. La noticia sorprendió penosamente a Moreno quien en el tiempo que llevaba en Bélgica había sabido conocer y apreciar las condiciones del Soberano a pesar de las valoraciones opuestas que se hacían de su persona. No podía decirse que fuera unánimemente amado por sus súbditos ni siquiera por su familia, pero nadie hubiera osado dejar de reconocer cuánto había hecho por su patria.

Al atardecer siguiente Moreno, junto con sus colegas del Cuerpo Diplomático, se unió al reducido cortejo de los miembros de la Familia Real, los dignatarios del Reino y los miembros del Gobierno en el traslado de los restos desde el Pabellón de las Palmas en Laeken hasta el Palacio de Bruselas. Después de los oficios fúnebres en la Catedral de Santa Gudula los restos fueron transportados nuevamente a Laeken en cuya iglesia de Santa María deberían descansar junto a Leopoldo I el fundador de la dinastía. Nuestro Ministro pudo presenciar en todos estos actos el sentimiento del pueblo belga por la desaparición de su Soberano quien a lo largo de sus cuarenta y cuatro años de reinado había sabido crear la felicidad, la prosperidad y el poderío de su patria, dando a su gobierno un carácter liberal, una patriótica ambición y un sentido de "grandeur" que se tradujo inclusive en la transformación de Bruselas en una gran capital. Leopoldo II había entrado en la historia rodeado de la admiración de los belgas y extranjeros por sus trabajos por la paz mundial y por el engrandecimiento de su país.

Días más tarde, el 23 de diciembre y desde la tribuna diplomática, Moreno presencia el juramento constitucional del nuevo Rey Alberto I ante la Cámara de los Representantes. Sería éste el último de sus actos oficiales durante su misión en Bélgica y Holanda pues ese mismo día en Buenos Aires, el Presidente Figueroa Alcorta firmaba con el Canciller Victorino de la Plaza el decreto de su traslado como Ministro Plenipotenciario en el Uruguay donde reemplazaría al Ministro Guesalaga. La alegría que experimentó al enterarse de la noticia fue grande pues ansiaba acercarse a la República y colmaba sus deseos representar a su patria por tercera vez en tierra uruguaya, donde sabía lo esperaban el cariño y la simpatía que había sabido granjearse en sus misiones anteriores.

En enero de 1910 se despide del Rey Alberto en Bruselas y de la Reina Guillermina en La Haya, recibiendo de ambos pruebas de cordial amistad por la obra de acerca-

miento que había sabido desarrollar durante el tiempo relativamente breve que había durado su misión ante ambos soberanos.

Parte finalmente de Bruselas y pasando por París llega a Italia de donde debe embarcarse en Génova. Como la nave en que efectuaría la travesía había retardado su salida, aprovecha la demora para ir hasta Roma donde el matrimonio desea ver a sus hijas antes de retornar. Los breves días les permiten además rever y despedirse de tantos buenos amigos y hasta son recibidos en audiencia por los Reyes Víctor Manuel y Elena que los invitan a tomar el té en la intimidad de villa Sandía, donde residen desde que resolvieron dejar el Palacio del Quirinal reservándolo tan solo para ceremonias protocolares o actos oficiales. También van a saludar a la Reina Margarita en el ex-Palacio Piombino sobre la vía Veneto, que es hoy la Embajada de los Estados Unidos, donde vive desde su viudez.

Desde Génova y a bordo del "Re Vittorio" se alejan el 10 de marzo de Europa. Después de una agradable travesía y una etapa en Río de Janeiro que les permite reencontrarse con tantos amigos que no los han olvidado, el 26 de marzo llegan a Montevideo.

* * *

En el desembarcadero los reciben con grandes muestras de cordialidad y el 20 de abril Moreno presenta sus Cartas Credenciales al Presidente Claudio Williman quien lo recibe como al viejo y buen amigo del Uruguay que es.

Un mes más tarde una fecha trascendente, el centenario del 25 de Mayo de 1810, fue motivo para grandes homenajes ya que el Uruguay deseaba estar presente en esa conmemoración de manera especial. Los edificios se engalanan con todas las banderas del mundo entre las que predominan hermanadas hasta en sus colores blanco y celeste las enseñas rioplatenses, y las iluminaciones nocturnas constituyen un marco extraordinario de la celebración. A la tarde los Moreno abren las puertas del palacio de la Avenida Agraciada 828, sede de la Legación que él mismo había adquirido durante su anterior estada y reciben el saludo de todos aquellos que quieran manifestarles su adhesión. Prácticamente todo el Uruguay había querido estar presente encabezado por el Presidente Williman a quien acompañaban los miembros de su Gobierno, legisladores, magistrados, representantes de las fuerzas armadas, de las fuerzas vivas, de la cultura, de la sociedad uruguaya y todo el Cuerpo Diplomático. Los festejos que se habían sucedido durante todos esos días, culminan esa noche con una función de gala en el Teatro Solís que preside el doctor Williman junto con el Ministro Moreno.

Durante los años que pasó Moreno nuevamente al frente de la Legación trabajó infatigablemente como lo había hecho durante toda su vida. Negoció y obtuvo la firma de acuerdos diversos sobre temas sanitarios, agrícolas, ganaderos y comerciales y el 29 de julio de 1912 suscribe con el Ministro José Romeu la "Convención referente al Comercio de Cabotaje", así como representa a la República en las sesiones del Congreso Internacional de Veterinaria, en el que hace interesantes propuestas.

Como lo había hecho en Italia, también orienta su actividad en el sentido de acrecentar el intercambio de valores culturales que estima esenciales para el buen entendimiento entre las naciones y con ese fin, entre otros logros concretos, puede contarse un "Convenio sobre el Intercambio de Profesores entre Universidades".

Antiguos motivos de desavenencia basados en problemas de límites habían producido a través de la historia situaciones de tirantez en las relaciones argentino-uruguayas. En los años anteriores a la llegada de Moreno a Montevideo, el Canciller Estanislao Zeballos había logrado, como lo había hecho con diversos otros vecinos y gracias a su actitud belicista, agresiva y desconfiada, crear una situación delicada con el Uruguay, especialmente cuando sostuvo la teoría que la jurisdicción argentina en el Río de la Plata comenzaba en la orilla misma de la tierra uruguaya. A esta situación, que naturalmente irritaba al Gobierno de Montevideo, se sumaba el problema de las innumerables islas que poblaban el río Uruguay. Habiendo dejado Zeballos el Ministerio de Relaciones Exteriores a mediados de 1908 la situación mejoró, se iniciaron gestiones para lograr entendimientos y finalmente en 1910 se suscribió el Acuerdo que determinaba la jurisdicción sobre las aguas del Plata y el uso del estuario. Cuando Moreno asumió la Legación en Montevideo pudo dedicarse de lleno al litigio sobre las islas del río Uruguay. Latente desde que ambos países nacieran a la vida independiente y que resurgía cada tanto, iba a ser para Moreno motivo de un sin fin de negociaciones. Sus desvelos para lograr un documento que alejara la posibilidad de cualquier tipo de enfrentamiento entre las dos vecinas tuvieron coronación el 28 de septiembre de 1916 cuando junto con el Ministro de Relaciones Exteriores Baltasar Brum firmó el "Tratado Relativo a la Delimitación de las Islas del Río Uruguay" que otros han llamado "Tratado de Límites entre la República Argentina y el Uruguay en el Río Uruguay". Una nueva y gran victoria en la carrera de Don Enrique B. Moreno y sería la última.

Con este acto trascendental llegaba a su fin su carrera diplomática, jalonada de éxitos como lo había sido su paso por las fuerzas armadas y sus incursiones por la política. Habiendo cumplido los 70 años y a su pedido, el 12 de septiembre de 1916 se le había concedido acogerse a los beneficios de la jubilación.

Al día siguiente de haber firmado el "Tratado de Límites" solicita una audiencia con el Presidente Feliciano Vieira para presentarle sus Cartas de Retiro. El hecho superaba el significado de un simple término de funciones. Si los demás habían sido sentidos por Moreno como por los gobiernos ante los cuales había estado acreditado, esta vez el sentimiento era mucho más profundo. Por parte de Moreno constituía además del alejamiento de un país que amaba y por cuya unión con la Argentina tanto había trabajado, el fin de una carrera que era parte de su vida y a la que se había dado por entero. Por parte del Uruguay significaba ver partir a uno de sus mejores amigos que en todo momento se había demostrado leal, honesto y constructivo.

El Presidente organizó para despedirlo una excepcional ceremonia durante la cual le dirigió palabras que exteriorizaban el sentir de la Nación uruguaya por boca de su Jefe de Estado pues dijo Don Feliciano Vieira: "...las condiciones personales de Vuestra Excelencia y la invariable buena voluntad que siempre ha revelado en el transcurso

de una larga y fecunda acción diplomática en favor de la política de cordialidad y confraternidad entre nuestros dos pueblos hermanos, son circunstancias señor Ministro, que contribuyen a que veamos con pena y sentimiento la partida de Vuestra Excelencia de la vida diplomática..."

Las recepciones de esos días ofrecidas por miembros de la sociedad uruguaya, colegas diplomáticos y diversas asociaciones del quehacer nacional, así como el gran banquete del Ministro de Relaciones Exteriores Baltasar Brum en nombre del Gobierno, demostraron la verdad contenida en las palabras expresadas por el Presidente Vieira. Y en esa última comida habla también el Decano del Cuerpo Diplomático y Ministro de Francia Jules Lefaivre el que haciendo además honor a la Argentina y a la América del Sud le dice a Moreno: "...representáis a los ojos de los europeos una de las más grandes figuras de la diplomacia americana... que da a la Vieja Europa un noble ejemplo y una gran lección..."

El 13 de octubre partía Moreno y su familia para regresar en forma definitiva al país de donde 36 años antes había partido para llevar al exterior un mensaje argentino de paz, comprensión y amistad que pocos como él han sabido exponer y hacer triunfar. Su alejamiento de la carrera diplomática constituyó "...el retiro de un espíritu superior, de un diplomático clarividente y humano, de un internacionalista que siempre fue decisivo factor de armonía y de paz...", según le había expresado el Ministro Brum en aquella comida de despedida que le ofreciera el 12 de octubre en el Club Uruguay.

Excelente diplomático argentino, no fue ni se demostró por ello y en todo momento menos grande y probado amigo de los países ante los cuales desempeñó sus funciones, siempre con el acierto y la medida que lo caracterizaron, unidos a su inteligencia, experiencia y don de gentes. Poseedor de un amor sin límites por su patria y de un conocimiento cabal de sus realidades, derechos y posibilidades, así como de una gran lealtad hacia su Gobierno que era excluyente de todo servilismo, había sabido unir a ellos una comprensión acabada y sutil y un profundo respeto y a menudo cariño por los países de sus sucesivas sedes, lo que le permitió desarrollar en sí mismo la seguridad y la honestidad de juicio que es una de las cualidades básicas de un diplomático y que siempre caracterizó su actuación.

Por ello Moreno volvía a su patria consciente de que si bien la vida del diplomático no está desprovista de dificultades, sinsabores y hasta de amarguras, no deja de brindar compensaciones entre las cuales ocupa primera línea el tener en paz la conciencia por el deber cumplido, máxima recompensa a que debe aspirar el hombre público imbuido de sus responsabilidades y obligaciones a lo que ocasionalmente se une el merecer la estima, el respeto y quizás el elogio de las potencias extranjeras ante las cuales se ha servido y, si es realmente afortunado, la aprobación y el reconocimiento de su propio Gobierno. Moreno había tenido la excepcional fortuna de haber logrado las tres compensaciones, circunstancia que raramente se logra alcanzar en la carrera.

* * *

Desde entonces hasta su muerte dividirá su existencia entre su residencia de la calle Posadas en Buenos Aires y largas temporadas en Alta Gracia en las Sierras de Córdoba. Junto con la señora de Moreno ama disfrutar de la compañía de sus hijos y nietos, pero siente la ausencia de los que han quedado en Europa, los que a pesar de la distancia conservan por Moreno una enorme admiración y un profundo cariño. Recuerdo haber conocido muy bien al final de los años 50 a su nieta Cristina Guicciardini-Fantechi cuyo salón en Roma presidía un gran retrato del abuelo Moreno en uniforme de diplomático y cómo y con qué afecto me hablaba de él en perfecto castellano... Parecía que acababa de haberlo visto y había muerto más de treinta años antes!

Moreno había hecho siempre un verdadero culto de la amistad y le encantaba reunirse para rememorar los tiempos pasados con sus amigos, con los pocos que ya quedaban, pues en los últimos años se habían ido también el General Roca, José Terry, Roque Saenz Peña. Caminaba por Avenida Alvear hasta la Recoleta o bien por los senderos llenos de buen aire y fragancias serranas en Córdoba y pensaba y recordaba. Y así iban pasando como en un desfile que le hacía revivir su existencia larga y fecunda, sus buenos padres de los que tantos principios y virtudes había aprendido; su lejana niñez con sus hermanos y sus primeros amigos y estudios; sus primeras armas y sus experiencias políticas y parlamentarias; su exitosa carrera diplomática. Como fantasmas lo ayudaban a tocar en el teclado de su memoria Dominguito, Donato Alvarez, Paunero, Levalle, Martín Rivadavia, Roca, Quirno Costa, Aristóbulo del Valle, Miguel Cané; los Presidentes uruguayos Santos, Williman y Vieira; Dom Pedro y Quintino Bocayuva junto a Joaquim Nabuco y al Baron de Alencar; el Rey Humberto y el Rey Víctor Manuel, Crispi, Rudini y Tittoni y tantos otros que justificaban que las buenas y sólidas amistades que logramos forjar a lo largo de una carrera diplomática -como a lo largo de una vida- cuentan entre los raros triunfos que nadie nos puede negar, disputar o arrebatarnos.

Y con sus recuerdos, pone orden en sus papeles y sus cartas comenzando a esbozar sus memorias; esas memorias a las que tan poco afectos somos los argentinos robándole así verdades a la historia y experiencias a las generaciones venideras.

Llevaba cumplidos los 77 años cuando el 19 de junio de 1923 moría en la Localidad de Alta Gracia. En la paz de las sierras que tanto amaba y que tan lejos hacían parecer los fragores de las batallas, los debates y las victorias parlamentarias, los congresos, las negociaciones así como los éxitos y los halagos de la vida diplomática que nunca lograron desviar su espíritu recto y digno.

Ese día amaneció indispuerto, en las primeras horas de la tarde sufrió un síncope y poco después moría. Sus restos fueron trasladados por tren a Buenos Aires donde recibirían sepultura. En la estación de Córdoba le tributó el primer homenaje el Gobernador Julio Roca, hijo del que fuera su gran amigo, quien lo despidió con sentidas palabras. Ese mismo día se oficiaba en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced de Buenos Aires un solemne funeral y al día siguiente, 21 de junio, llegaba a la estación Retiro el tren que conducía sus restos.

Los esperaban allí en representación del Gobierno Nacional los Ministros de Relaciones Exteriores y Culto Ángel Gallardo, de Guerra Coronel Agustín P. Justo y de Marina Almirante Manuel Domecq García, diplomáticos, miembros de la fuerzas armadas, familiares, amigos. El cortejo fúnebre llegó al Cementerio de la Recoleta donde por decreto especial le rindieron los honores correspondientes a General de División los Regimientos 1 de Artillería, 8 de Caballería y 1 de Infantería. Los componentes del cortejo y una gran cantidad de personalidades e inmensa muchedumbre llenaban la plaza adyacente y el peristilo internándose por el cementerio.

El Vicario General de la Armada, Monseñor Agustín Poggio ofició ante todo un responso y después despidieron los restos entre otros, por el Poder Ejecutivo el Canciller Gallardo, por sus colegas diplomáticos el Ministro del Uruguay Daniel Muñoz Cuestas (viejo amigo de Moreno y su colega en Italia) y Ángel Golfarini por el Centro de Guerreros del Paraguay. Terminadas las palabras de despedida con que cada uno de los oradores quiso expresar su pena por la desaparición de un hombre tan respetado como querido, los presentes se fueron retirando mientras en el aire quedaban flotando las palabras del doctor Gallardo: "descansen en paz, en el seno de esta tierra que tanto amó y a la que sirvió con entusiasmo y eficacia, los restos de quien en vida fue Enrique B. Moreno"; el Canciller había logrado sintetizar en breves palabras el significado de su vida y de su obra: servir a la tierra que amaba.

"La Voz del Interior" de Córdoba al informar su fallecimiento lo recordaría como "un fervoroso servidor de la Nación", mientras "La Nación" en su extensa y sentida nota necrológica del 20 de junio anunciaba que había muerto "un viejo y buen servidor del país que a lo largo de una existencia llena de hechos, se consagró a funciones importantes que han revelado, en su desempeño superior, a una personalidad de prestigiosa inteligencia y de elevados sentimientos de patriota... que poseía el ascendiente y la importancia de los hombres que se denuncian ante la opinión con rasgos salientes". Y algunos años más tarde, al conmemorar el centenario de su nacimiento, el mismo periódico completaba su juicio expresando: "Enrique B. Moreno sirvió a la Nación a través de toda su vida, vida fecunda de patriota, de luchador, de funcionario eminente. Nuestro país mantiene su memoria en sentimiento de viva gratitud... evocando con respetuosa simpatía a este servidor suyo que durante largos años y en tiempos singularmente difíciles, le consagró su inteligencia y su asidua dedicación".

Servidor, servidor, servidor, es una palabra que repiten como el mejor y más ajustado calificativo todos los juicios que se hacen sobre Moreno, y así lo era. Recuerdo a este respecto, adaptándolo, lo que expresé hace un par de años al referirme a otro ilustre diplomático argentino, el Embajador Roberto Levillier: "La vida de Enrique B. Moreno había sido larga y fructífera y la vivió en función de servir, siempre consciente de que la vida nos la da Dios y que la merecemos dándola, sirviendo con nuestras obras y con nuestro ejemplo".

Para dar una idea veraz y cabal de su figura y su actividad habría que glosar los diarios de la Capital y del interior, de Asunción, de Montevideo, de Río de Janeiro y hasta de Roma durante sus estadas en dichas ciudades o cuando hasta ellas llegó la noti-

cia de su fallecimiento. Puede que hayamos abusado en citas y podríamos llenar aún muchas carillas, pero lo hemos hecho por estimar que haciéndolo podríamos dar una idea exacta del juicio que Moreno y su obra habían merecido de sus contemporáneos y nadie mejor que ellos para transmitírnoslo.

Quizás podamos terminar estas citas sintetizando lo que pesaba de él su sucesor en la Embajada en Río de Janeiro, el doctor Ramón J. Cárcano. Escribía en su libro "Mis primeros ochenta años": "...posee las aptitudes del diplomático sin la carrera que enseña procedimientos pero no crea talentos. Tiene gran cultura general y fina cortesía. Asiduo a los salones, cultiva las damas y vincula a los hombres. Inquieto, ágil de espíritu, penetrante y sagaz. No es estudioso pero sabe profundizar las cosas y las almas. No conoce mucho derecho, pero es capaz de comprender y dominar las cuestiones de derecho. Dispone de ideas generales e instrucción concreta... Nunca lo exalta la violencia, ni le empuja la impaciencia, pero se apura tranquila y lentamente. Sabe observar, analizar, combinar y acertar. Piensa como Büllow (aquél que fuera colega y amigo de Moreno en Roma) que el lenguaje y la actitud del diplomático son determinados por las circunstancias".

El apogeo de la carrera de un diplomático sobreviene cada vez que por su habilidad impide que los incidentes surjan o que los problemas se agraven, lo que siempre se gestiona y se obtiene en reserva, sin desear y menos buscar efectos o éxitos personales. De ahí que su gloria sea discreta, ninguno pasa por debajo del Arco de Triunfo, ni se le dedica una plaza o una calle aun cuando su labor haya sido determinante para evitar la guerra, ganar o preservar la paz o simplemente cimentar una relación. Y de esta tarea casi anónima al olvido no hay más que un paso que se agranda con el transcurso de los años y de las generaciones, llegando así a ignorarse a los verdaderos artífices de tanto hecho vital para la patria, que para lograrlos pusieron en juego no sólo su inteligencia, sus conocimientos y su tacto, sino también y muy en especial el prestigio y el respeto de que gozaban, la confianza que habían obtenido por su lealtad, honradez y honestidad y los afectos que habían sabido granjearse.

Así también sucedió con Moreno a quien tanto debe la República a la que él tanto brindó a lo largo de su existencia. Fue lentamente desapareciendo de la atención y del recuerdo no sólo popular sino hasta de los historiadores y de sus propios colegas diplomáticos de las generaciones que lo siguieron. Hoy es prácticamente un desconocido y sólo contados son los que lo ubican en nuestra historia. Pensar que a él se debieron, entre otras realizaciones de su gestión diplomática, el afianzamiento de nuestras relaciones con el Paraguay seriamente dañadas por la guerra que había enfrentado a cuatro pueblos hermanos; los acuerdos que alejaron para siempre el peligro de un enfrentamiento con el Brasil por el problema de los límites misioneros; el que fuera posible que la República pudiera contar con el armamento suficiente para conjurar un peligro de guerra con Chile mediante la compra de navíos que según se reconoció en su momento "muy difícilmente hubiera sido concedida a otro diplomático"; el haber llegado a concertar el primer Tratado de Arbitraje suscripto por la República y que mereció un especial voto de felicitación en la Conferencia de la Paz de La Haya de 1899 y la eliminación del problema de las islas del río Uruguay que tanto envenenaba

nuestras relaciones con la vecina república del Plata. Además de estos logros, luchó desde que era un niño en las filas de nuestro ejército teniendo en todo momento como objetivo la estabilidad de nuestras instituciones, el afianzamiento de las autoridades legítimamente constituidas y la consolidación de la paz interior, así como durante sus sucesivos mandatos parlamentarios se batió con igual tesón por los mismos ideales y por los mismos principios tanto en la Legislatura de Buenos Aires como en el Congreso Nacional. Llegó a ser Coronel en el campo de batalla y como diplomático representó a su patria y defendió sus intereses en Paraguay, Brasil, Italia, Suiza, Bélgica, Holanda y por tres veces en el Uruguay, así como en gran número de congresos y conferencias internacionales. Y también se pensó en él para Ministro de Relaciones Exteriores, Ministro de Guerra, Senador Nacional y Gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

A pesar de todo esto, a pesar de haber sido uno de los grandes servidores de la República por más de sesenta años, tanto dentro como fuera del territorio nacional, Enrique B. Moreno había entrado en el olvido, un olvido que era vergonzoso para sus conciudadanos y del cual, como lo decía al inicio, nuestro Consejo ha creído su deber hacerlo retornar al cumplirse el 150º aniversario de su nacimiento.

Pero hacerlo retornar para que permanezca entre nosotros, para que sirva como ejemplo a las generaciones de una vida dedicada por entero a servir a la patria, primero en las lides internas durante el período de su organización y estabilización y luego en una continua tarea de cimentar el entendimiento, la concordia y la amistad entre los pueblos, que hizo que la Argentina llegara a ser más conocida, respetada y apreciada tanto en América como en el Viejo Continente. La Argentina debe recordarlo y así también cada uno de nosotros que tan fácilmente olvidamos lo bueno y lo malo del pasado y en especial lo que debemos a quienes hicieron la patria que debemos preservar.

Bibliografía

Aldao, Carlos A., "La cuestión de Misiones ante el Presidente de los Estados Unidos de América", New York, 1894

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Arenas Luque, Fermín V., "Enrique B. Moreno - Un gran Diplomático argentino", 2 tomos, Buenos Aires, 1946/48

Arenas Luque, Fermín V., "Semblanza de Enrique B. Moreno", artículo publicado en "La Nación" del 6 de enero de 1946

Arenas Luque, Fermín V., "Setenta y nueve años después - Una pequeña historia", artículo publicado en "La Nación" del 19 de mayo de 1968

Besouchet, Lidia, "Exilio e Morte do Imperador", Río de Janeiro, 1975

Braun Menéndez, Armando, "Las dos presidencias de Julio A. Roca", Buenos Aires, 1965

Calmon, Pedro, "A Princesa Isabel a Redentora", Río de Janeiro, 1941

Calmon, Pedro, "Historia de la Civilización Brasileña", Buenos Aires, 1937

Cárcano, Ramón J., "Mis primeros ochenta años", Buenos Aires, 1940

Cevedo, Eugenio J., "Enrique B. Moreno - Un gran diplomático", Buenos Aires, 1948

Cutolo, Vicente Osvaldo, "Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)", Buenos Aires, 1975

Felbern, Juan Carlos de, "Enrique B. Moreno", Buenos Aires, 1946

Fraga, Rosendo, "Roca y el Brasil", Buenos Aires, 1994

García-Mansilla, Daniel, "Visto, oído y recordado", Buenos Aires, 1950

Groussac, Paul, "Los que pasaban", Buenos Aires, 1919

Guiccioli, Marchese Alessandro, "Diario di un Conservatorio 1876-1908", Roma, 1973

Harry, Gérard, "La mort du Roi des Belges", artículo publicado en "L'illustration Française" de diciembre de 1909

Ibarguren, Carlos, "La historia que he vivido", Buenos Aires, 1955

Katzenstein, Juan Carlos, "La política internacional del Brasil en el Río de la Plata", Boletín informativo de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires N° 34, 40-51 de los Años IV-V, págs. 93 y sig.

"La Nación", artículo conmemorativo del centenario del nacimiento de Enrique B. Moreno publicado el 4 de enero de 1946

"La Nación", artículo necrológico de Enrique B. Moreno publicado el 20 de junio de 1923

Lanfranco, Héctor P., "Pellegrini y sus amigos", Buenos Aires 1978

Lascano, Víctor, "América y la política argentina", Buenos Aires, 1938

Luna, Félix, "Soy Roca", Buenos Aires, 1990

Lyra, Heitor, "Historia de Dom Pedro II", 3 tomos, Río de Janeiro, s/f

Marco del Pont, Augusto, "Roca y su tiempo", Buenos Aires, 1931

Marques Dos Santos, Francisco, "A Guerra do Paraguay na medalhística brasileira", Sao Paulo, 1937

Matta Machado, "O litigio das Missoes", Río de Janeiro, 1890

Pellegrini, Carlos, "Discursos y Escritos" - Selección y Estudio Preliminar de José María Bustillo, Buenos Aires, 1959

Quesada, Vicente G., "Mis Memorias Diplomáticas - Misión ante el Gobierno del Brasil", Buenos Aires, 1908

Ramos Mejía, Ezequiel, "Mis Memorias 1853-1935", Buenos Aires, 1936

Sticca, Giuseppe, "I Savoia", Firenze, 1937

Susini, Telémaco, "Un recuerdo de Enrique B. Moreno", artículo publicado en "La Nación" del 20 de julio de 1923

Varé, Daniele, "Ghosts of the Spanish Steps", London, 1955

Vedia, Joaquín de, "Como los vi yo", Buenos Aires, 1922

Wanderley Pinho José, "Saloes e Damas do Segundo Imperio", Sao Paulo, 1959